

Karl Held / Emilio Muñoz

Perestroika

Moral, en vez de socialismo

Un análisis crítico de la teoría y la práctica de los comunistas soviéticos:

- La economía política del socialismo real.
- Glasnost y perestroika: contra el aparato, en nombre de la moral.
- El PCUS frente al imperialismo real: por la paz, todo.
- Stalin, arquitecto de un estado de nuevo tipo.
- La confrontación Este-Oeste: ¿dónde se vivía mejor?

GegenStandpunkt

Índice

Introducción	3
I. La economía política del socialismo	3
Las palancas de la planificación	4
1. <i>La mercancía socialista</i>	4
2. <i>La ganancia socialista</i>	6
3. <i>El salario del socialismo</i>	8
II. Glasnost y perestroika: una campaña de rearme moral - en vez de una crítica materialista del sistema	10
1. <i>La reestructuración económica</i>	10
2. <i>La campaña antiburocrática</i>	14
3. <i>Glasnost en la cultura</i>	17
III. Activa intromisión en los asuntos imperialistas para promover la paz mundial - en vez de un proyecto revolucionario mundial	19
1. <i>La política exterior del PCUS</i>	19
2. <i>El comercio con los países capitalistas</i>	24
3. <i>El PCUS y el comunismo mundial</i>	29
IV. Stalin	32
1. <i>El padre del milagro económico soviético: de la revolución anticapitalista a las “nuevas estructuras económicas socialistas”</i>	32
2. <i>Stalin, el inventor del culto a la personalidad: de la lucha de tendencias a las purgas sangrientas</i>	38
3. <i>El abuelo del eurocomunismo: del rechazo al nacionalismo a la política del frente nacional y popular</i>	43
V. El sistema soviético y la democracia: una comparación de sistemas	47
1. <i>El culto a la personalidad, una cuestión de buen gusto y pluralista, y el respeto impersonal al poder</i>	48
2. <i>La “responsabilidad política”, como el despacho de condicionantes objetivos y como servicio al pueblo</i>	51
3. <i>“Moral política”, como consuelo y como consigna</i>	54

Introducción (1988)

Deplorar la ausencia de democracia en el socialismo real es lamento que dejamos a los desilusionados de siempre: esos maestros de la arrogancia democrático-imperialista, que ahora, aunque no saben lo que la perestroika es, anticipan su fracaso, porque se les antoja una transición democrática frustrada para devolverle a unos rusos acostumbrados al despotismo las secuestradas libertades. Y con ellas todo lo demás: un caudillo por la gracia del pueblo, como Reagan o Felipe, una bolsa de valores, el paro y muchos partidos políticos.

También cedemos la pesquisa de averiguar el grado de sinceridad de la política soviética de paz a los agentes del pluralismo democrático. Al fin y al cabo a ellos les encanta ver las ofertas soviéticas de desarme como la obra de un estadista de gran valía, casi como uno de los “nuestros”, tan de fiar como un abogado neoyorquino, según sus interlocutores norteamericanos. Como que si por él fuera, ya estarían los rusos pidiendo el ingreso en la OTAN. Pero está el “sistema” enemigo e incompatible con el nuestro, que obstaculiza ver realizado el hermoso sueño de nuestro “sistema de vida” impuesto en todas partes.

De manera que a quienes están a favor del capitalismo democrático les bastará, para seguirlo estando, con creer del otro sistema una sola cosa: que “nos” amenazaría. No precisan leer este libro. La lectura que alimenta su ignorancia abunda en los kioscos, y si les aburre, allá ellos.

*Quienes están en contra tienen otras preocupaciones, y necesidades de razones. Si el PCUS ha construido a partir de una crítica del capitalismo una **potencia** socialista mundial, dotada de funcionarios civiles, diplomáticos y militares, y sostenida por un modo de producción donde ha realizado sus ideas sobre la planificación, el dinero y la gestión. Si además el PCUS hace política exterior según unos principios muy claros sobre lo que son las relaciones entre los estados, vale la pena, para todo adversario del capitalismo, examinar qué clase de crítica es la que el PCUS hace al sistema capitalista. Desechando toda preocupación por la democracia y la nación, se puede plantear, entonces, a las claras, la cuestión de cómo se lleva la línea general del PCUS con la causa de la revolución socialista mundial. El tema de este trabajo.*

I. La economía política del socialismo

La idea de instaurar el socialismo fue, para los fundadores del estado soviético, la conclusión necesaria de la crítica marxista del capitalismo que compartían. Hoy, 70 años después, el PCUS, remitiéndose a Marx y Lenin, ha revisado la crítica del capitalismo para fundarla en una *comparación* con su propio sistema: “Por primera vez en la historia, el estado tiene la posibilidad de organizar y dirigir el desarrollo de la economía en el marco de la sociedad”...

“El estado burgués jamás puede alcanzar el nivel de planear y dirigir la producción social en su conjunto. Aún en la guerra, donde el capitalismo monopolista de estado alcanza su más alto grado, es imposible la dirección planificada de la totalidad de la producción, porque el interés privado basado en la propiedad privada, o sea, el interés de la ganancia, sigue siendo la ley suprema”.

Comparación mediante, el PCUS dictamina un defecto del capitalismo, *cuyo estado* evidentemente no registra como tal. Y no solamente eso. Porque el estado burgués además de vigilar con su fuerza para que la propiedad privada siga siendo la “ley suprema”, se siente tan a gusto como poder político en su sistema que lo alaba por sobre todas las cosas y busca *demolerle* cualquier obstáculo a su expansión externa. La “posibilidad de organizar y dirigir” sería una ventaja si se piensa que la relación normal en el capitalismo entre la “economía” y el estado limita y trava al poder político, un poder que precisamente impone sin miramientos las reglas del juego del capital. Mal huele que el PCUS, que tendría que saber que destituir a cualquiera de las instancias políticas “impotentes” es una cuestión de *lucha*, opere con abstracciones burguesas como “la economía”, que tienen sus bemoles.

El PCUS alaba al socialismo con el apabullante argumento que en él el estado tiene mucho más que decir que el estado de clase en la sociedad burguesa, y precisa que las atribuciones estatales respecto de la “producción” y la “economía” se han incrementado, lo cual constituye una bendición. Frente a tales loas al socialismo la tentación de recurrir a Marx es irrefrenable. Este economista propuso abolir unas *relaciones* de producción que reposan en la explotación de los trabajadores, mantenida y protegida por el correspondiente poder estatal. No pensó que la abolición fuese un programa para ampliar las competencias del *estado* sobre el *desarrollo de la economía*.

Los socialistas reales contemporáneos, por el contrario, mientras comparan a su sistema con el capitalismo “justifican” la abolición de la propiedad privada de manera muy singular:

“Fue no solamente desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas históricamente necesario, sino también legítimo”.

Que un motivo tan irreprochable para la revolución socialista; tenga su acta labrada ante notario público, ¿a quién le interesa? ¿Y qué clase de crítica encierra el diagnóstico estimadísimo, según el cual las relaciones de producción y las fuerzas productivas andan a las patadas, así como la caracterización de las crisis, el estancamiento y la descomposición como las cosas feas e inaguantables que tiene el capitalismo?

Así se le enrostra al capital, que impulsa despiadadamente las fuerzas productivas *contra* la naturaleza y el obrero, nada menos que su *fracaso* en el cuidado y crecimiento de las fuerzas productivas. El socialismo, por su parte, muestra en este campo su incuestionable *superioridad*. Ésta se explica, según el PCUS, porque en el socialismo *el estado* cumple por fin con su vocación: ahora sí puede determinar la producción y la distribución de la riqueza y poner en movimiento *todas las palancas* para aumentarla.

El estado erige así un nuevo modo de producción, y saca del capitalismo *el nombre* para sus palancas, que por su contenido son categorías económicas de “nuevo tipo”.

Las palancas de la planificación

1. La mercancía socialista

En las sociedades del socialismo real, como en todas partes, la riqueza se presenta en la forma de *valores de uso*. Se trata de productos del trabajo que según sus características satisfacen necesidades del consumo o de la producción. Un hecho en sí reconfortante, si no fuera que los productos tienen también un *precio*. *El estado* socialista, que dirige la producción y la distribución de la riqueza, *estipula* el precio de las mercancías, impone así las relaciones de intercambio entre los diversos productos que considera provechosas y justas.

a) El estado socialista promueve activamente la justicia social porque se constituyó en “sujeto directivo de la economía” y ampara reivindicar un derecho que a la clase obrera, como medio del capital, se le niega. Se empeña en que quienes *crean* la riqueza, cuando deben hacer frente a las necesidades de su existencia, no fracasen en un mercado donde mandan la posesión de dinero y la habilidad comercial en confeccionar los precios de quienes tienen algo en venta. El estado socialista es enemigo del *poder privado del dinero*, el rasgo característico del mundo de la propiedad privada, y partidario de la subsistencia garantizada de los trabajadores. *Él* decide sobre el *monto* del salario y sobre el precio accesible de los artículos de consumo que aquéllos necesitan.

b) Es curioso que dada esta conducta del estado a él le parezca útil adjuntarle *la forma del precio* a los resultados de una producción que funciona bajo su poder político. Así los planificadores socialistas

insuflan vida a un *mercado* para después *planearlo*; *sabiendo* de los límites que el precio impone al disfrute de los valores de uso, *conociendo* el antagonismo de intereses entre compradores y vendedores –la necesidad de valores de uso contradice la necesidad de ganar y acumular todo el dinero que se pueda, el equivalente de cualquier clase de riqueza material– introducen sin embargo la subordinación del valor de uso al valor de cambio. Con la salvedad que el intercambio mercancía-dinero se corresponda con los resultados distributivos apuntados. El estado socialista al instalar un mercado sin competencia –a nadie se le permite modificar los precios como arma económica– y someter simultáneamente todo a los principios del dinero, *monopoliza el poder del dinero*.

c) Este proceder, que por último revela el programa económico de una dominación política benefactora, proclama al dinero, *la medida de la riqueza abstracta*, como un medio excelente para la planificación. La producción y la distribución de la riqueza en beneficio del pueblo debe entonces realizarse utilizando al dinero únicamente según los propósitos estatales. El estado socialista con su monopolio de la fuerza se dota de un singular monopolio económico al definir en la práctica, mediante su “sistema de precios planeados”, los resultados de la circulación que considera oportunos. Los éxitos de “su economía” los mide en dinero, opera con las magnitudes monetarias de su presupuesto y según el balance decide sobre la riqueza a producir y sobre los rendimientos de los productores. A la finalidad del incremento monetario la declara de su competencia exclusiva, y de su logro hace depender la participación de todos de la riqueza material. Para estar en condiciones de cumplir con su programa socialista el estado dicta a su sociedad servicios monetarios.

d) La existencia de esta peculiar “relación mercancía-dinero”, que una vez establecida se aprovecha como palanca (aquí sí que tienen razón los amigos del “sistema de planeamiento y dirección”) no puede confundirse con el capitalismo. Los planificadores socialistas “al comando de la economía” no quieren lograr la subordinación pura y simple del valor de uso al valor, la sujeción de la producción y la distribución de la riqueza al *propósito* de la acumulación de dinero. Para ellos es el “sistema de cálculo económico” que opera con magnitudes de riqueza abstracta un *medio* eficaz para “controlar” y “estimular” la producción y la distribución de la verdadera riqueza. Se puede adelantar ya que esta clase de complejo comando económico tampoco puede confundirse con una planificación racional de la producción. Porque si lo que se produce sirve al incremento de las magnitudes de valor definidas en el presupuesto del estado o si realmente aumenta la riqueza material son dos cosas muy distintas. Tal como lo notan las comisiones y expertos económicos cuando se quejan de las serias dificultades en la *evaluación*; empeñados además en la búsqueda infructuosa y eterna de una “ley objetiva del valor en el socialismo”.

e) De la contradicción que significa la existencia de un “mercado planificado” surge que los mismos representantes oficiales de la clase obrera que tanta aversión tienen a *planear* el trabajo según las condiciones materiales y en provecho de los productores –para lo que serían mucho más útiles los conocimientos tecnológicos que el enigma de una “comparabilidad” de los obreros– muestran una fuerte inclinación a incorporar “condicionantes” a la producción de los que nadie se salva así nomás. Evitan el imperativo razonado de una producción útil, pero ponen en vigor las “leyes del socialismo”.

2. La ganancia socialista

Para lograr que las empresas empleen de la manera apuntada y efectiva los materiales y los medios de trabajo el estado socialista se vale de una pauta cuyo origen no yace en las características propias de una producción dada sino en la decisión que la riqueza indispensable para acometer todas las obras bienhechoras, tiene que estar, primero, a disposición del *estado*, segundo, en la forma de *cantidades de dinero* que, tercero, deben *crecer*. La pauta se llama *ganancia* y representa, como *indicador económico del plan*, la *prescripción*, para las empresas, a obtener el mayor excedente posible sobre los costos de producción. Como los precios de compra y venta están “planificados” se plantea la pregunta muy práctica de cómo hacer para que el indicador “ganancia” pase de ser una triste *cifra* de cálculo y se convierta en la *meta interesada* y propia de los colectivos laborales. Las respuestas no son menos

contradictorias que el interrogante. La palanca “ganancia” que debe impulsar el desarrollo de la producción “estimula” una gama de vicios y prácticas perniciosas sobre las que los partidarios de la explotación capitalista derraman su sorna venenosa.

a) La idea que los planificadores socialistas al introducir sus sistemas de indicadores puedan haber seguido el ejemplo del capitalismo es errónea. Los hombres de negocios, en el capitalismo, *realizan* ganancias que engrosan *su* patrimonio, y todos sus trajines al manejar los “factores de la producción” apuntan a ese fin, para el cual el mercado proporciona los medios adecuados. Las empresas socialistas, una vez hecho el trabajo, logran un excedente cifrado en dinero sólo si la relación entre los precios de compra y de venta decretados por el estado lo permite. Ellas no disponen de las técnicas de la competencia frente a clientes o proveedores, y el dinero que obtienen no es el poder privado materializado a su libre disposición, sino que constituye el material para las decisiones del estado. Así se anula cualquier motivo para que la dirección de las empresas organicen la producción de tal forma que pueda actuar como medio del éxito comercial realizable en el mercado. Y por esta misma razón es que la optimización de la relación costos-excedente figura entonces como un “estímulo” especial, sobradamente justificado según el estado, para que las empresas se esmeren en el uso diligente de las fuerzas productivas. La denominación “indicador básico de la *planificación*” no caracteriza entonces nada bien las cosas.

b) Debido a las razones apuntadas es que la “iniciativa” del estado surte efecto sólo si provee a las empresas con los indicadores de *ventajas adicionales* para el caso que ellas satisfagan sus deseos y generen un saldo positivo en los balances. La alternativa de castigarlas o sancionarlas se descarta porque atenta contra los principios socioeconómicos del socialismo real. Y el *cese* de la producción es impensable, ya que de lo que se trata es justamente de su progreso irresistible. No es el cálculo del “valor” una finalidad en sí, sino la forma de la gestión estatal para impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas. La fuerza productiva por excelencia es, para el estado socialista, el obrero. Y “el trabajo”, contra lo dicho por Marx en la Crítica del Programa de Gotha, la fuente de toda riqueza. Considera entonces al despido un crimen y garantiza el derecho al trabajo.

c) Para que las empresas al producir cumplan con los balances económicos estatales el estado les asigna o cede recursos provenientes de su presupuesto que luego en la forma de fondos y atribuciones se reparten entre la dirección, el personal en su conjunto y la producción, y que actúan como incentivos para que *valga la pena*, para el colectivo laboral, esforzarse en obtener ganancias. Para obtenerlas, la forma normal de estimular a las empresas consiste en la modificación de la relación entre la parte de la ganancia que debe transferirse al presupuesto del estado y la que debe quedar en las empresas. Ésta última influye sobre el *fondo salarial* de las empresas, así como sobre los recursos propios que ellas puedan destinar a renovar y ampliar la producción. Paralelamente funciona un sistema de premios salariales cuyos principios los define el cumplir y sobrepasar con unas metas de producción asignadas.

d) Una vez creado el incentivo para la ganancia falta todavía un buen rato para que el cálculo del estado socialista dé los resultados deseados. No porque las empresas se desinteresen de la estimulante oferta y haraganeen, sino porque a ella *acceden*, poniendo en práctica de manera consecuente métodos para obtener y aumentar las ganancias sobradamente conocidos por la opinión pública soviética: producir más, en menor tiempo; ahorrar en los medios de producción; ¿existe la posibilidad de elegir entre diversos productos?, pues se fabrica el que se pueda vender más o a mejor precio, y se anda con cautela con los otros; ¿son las relaciones de precios favorables?, entonces a sacarles provecho, logrando un éxito de la empresa que hace innecesaria la puesta en servicio de nuevos equipos, que si bien permiten aumentar la productividad y obtener productos de mejor calidad, impiden cumplir con el “indicador” de ahorrar en medios productivos. Pero aún en los casos donde los recursos de los fondos propios de las empresas se emplean honrada y racionalmente la conducción económica del plan observa una consecuencia muy singular: a las empresas que “les va bien”, usando las palancas estatales a veces les va mejor, a las que “les va mal”, ausentes con los méritos las gratificaciones, les va de mal en peor.

e) El “egoísmo indicado” de las empresas les ocasiona a quienes lo planifican sus problemas. Pagan así la negligencia de no planear la producción social. La preferencia que otorgan a los *criterios del dinero*, asentada teóricamente en la “valoración” del valor, que observados rigurosamente deben desarrollar las *fuerzas productivas* a niveles cada vez más elevados, genera resultados negativos hasta para un partidario de la idea de “alcanzar y sobrepasar al capitalismo”. Por eso hay confesiones de este tipo: “La ganancia como indicador económico no refleja la efectividad en su conjunto de la producción. Bajo ciertas condiciones, tal como la experiencia lo ha probado, el aumento de la rentabilidad de una empresa puede ir acompañado de una caída de la producción y de un abandono de los intereses del consumo”.

Tales hallazgos prueban menos una cierta comprensión de lo que pasa que la intención de seguir por la misma huella, mejorando el “sistema de indicadores del plan”. Los fenómenos a los que alude el autor, y de los que doña experiencia es testigo, tienen como sus condiciones *ciertas*, precisamente a las condiciones que los planificadores socialistas les han impuesto a sus empresas. Y su disgusto se refiere a algo sistemáticamente estimulado por ellos mismos: *la separación entre el éxito financiero y los resultados materiales de la producción*. Siguiendo este imperativo unos artículos útiles, de calidad, y el trabajo productivo *tienen que aparecer* en el balance como pérdidas, y a la inversa, la producción de deshechos con métodos de fabricación obsoletos puede figurar orgullosamente como superávit. Por supuesto que quien no advierte contradicción alguna en los decretos socialistas que recomiendan a las empresas, por un lado, el ahorro en los gastos de explotación y en las inversiones, y por el otro la obtención de ganancias mediante la producción de “artículos de alta calidad en la variedad deseada”, se encuentra frente al enigmático problema de la “proporcionalidad” en la planificación socialista. Sobre el cavila, mientras repite cien veces que la adquisición por parte de las empresas de los medios para ampliar la producción debería “autocostearse”. Nuestro amigo de la ley del valor ha pasado por alto que el autofinanciamiento no sólo existe sino que hasta está prescrito y planificado como no provechoso por el estado en la forma de una escasez de fondos para los bienes de inversión. Razón por la cual los planificadores preparan una “reforma económica” tras otra y calculan nuevos precios e indicadores económicos que actúen como correctivos.

f) A raíz de las “dilaciones” cada vez más notorias en el “desarrollo de las fuerzas productivas” –a los socialistas reales les gusta seguirse comparando con el capitalismo en descomposición– a los planificadores se les ha ocurrido una idea que no tiene nada de económica, y con la que puede cumplirse por encargo en el socialismo mejor que en ninguna otra parte. Razón de más para que entonces se deba cumplir con ella a todo trance. Su nombre es “revolución científico-técnica”, y se trata en realidad de una *ideología* que parafrasea una necesidad del estado socialista que las empresas, malgrado los indicadores que “deben fundir en un todo armónico los intereses de las empresas con los intereses del estado”, no satisfacen. Al estado le preocupa, en consecuencia, “el retroceso del nivel técnico de la economía en su conjunto”, diagnóstico sumamente grave porque “el progreso de la ciencia y la técnica es la palanca principal para la creación de la base tecnológico-material del comunismo”. Queda la esperanza que algún día los responsables socialistas reflexionen sobre el impedimento que a veces se alza tan duramente frente a las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Por lo menos se ahorrarían las frases del “proceso de lucha entre lo nuevo y lo viejo, lo progresivo y lo conservador”, que no son palancas para nada ni nadie.

3. El salario del socialismo

Está convenido que sean los trabajadores *los beneficiarios* del mercado planificado. Para tal propósito existe en la contabilidad del estado y de las empresas un fondo salarial. Su monto, que debe crecer con los éxitos del plan, determina lo que obtienen quienes trabajan para disfrutar de la vida. La condición para el progreso salarial es entonces el buen resultado financiero que el estado obtenga con su sistema de cálculo económico. Pero como justamente aquí abundan los inconvenientes aparece “un antagonismo entre la acumulación y el consumo”, y también la necesidad de un rendimiento laboral de características muy particulares: los trabajadores además de trabajar deben hacer méritos en la

producción contribuyendo a eliminar las tan lamentadas anomalías allí presentes. Así *el salario* pasa a ser *una palanca* y la dirección del planeamiento una *campana de moralidad*.

a) Es una burla que en el socialismo real el salario figure como *una magnitud de costos*, reducibles en relación con los recursos destinados al desarrollo planificado de la renta nacional. Ella se basa en la difundida ocurrencia económica de una “misma olla” para costear “consumo y acumulación”, que lamentablemente obliga a decidirse hoy por la acumulación planificada y la abstinencia, en nombre de los disfrutes del mañana. *Primero* debe aumentar la productividad y *luego* el salario. Esta “ley” es tan hermosa que a ella debieran atenerse quienes la inventaron. Porque aparte de que a nadie se le ocurre afirmar lo contrario el “antagonismo” a que se alude con tanta sabiduría político-económica consiste simplemente en que un número cada vez mayor de asalariados crean cada vez más riqueza sin que puedan con creces disfrutarla; una riqueza que ni siquiera es apta para contentar a quienes la administran.

Para los trabajadores la broma se torna aún más pesada. Dada la existencia de precios planificados para los artículos de primera necesidad, los trabajadores soviéticos no notan, como los asalariados occidentales, la escasez en su bolsillo, ni sufren bajo una oferta de productos fuera de su capacidad de pago, sino que tienen sus ahorros y el problema dónde y cuándo comprar algo que valga la pena. Claro que los precios de los alquileres, la comida y la vestimenta son baratos, ¿pero de qué vale si lo que hay escasea o no sirve? Y que se sepa que esto no es una campaña difamatoria al estilo occidental y cristiano para deplorar la ausencia de la “iniciativa privada”, sino el tenor de los debates que oficialmente se llevan a cabo en las comisiones económicas, las revistas especializadas y la prensa soviética en general.

b) Para superar los sistemáticamente “palanqueados percances”, vinculados en su totalidad con la separación entre los resultados materiales de la producción y la contabilización estatal, los planificadores decidieron, hace ya bastante tiempo, poner en práctica y estimular una “iniciativa del individuo de nuevo tipo”. Elaborada con pericia en puros casos especiales, ella da a los trabajadores soviéticos la oportunidad de gozar de un vivaz *sistema de primas salariales* y de participar en la incesante “*emulación socialista*”. La dirección de las empresas “estimula” continuamente a los trabajadores para que brinden rendimientos extra a cambio de recompensas en dinero o en servicios. Y todo aquél que combate por cuenta propia o mejor organizado en una brigada, la infrautilización “planificada”, o la omnipresente producción de deshechos, es felicitado y premiado. Por supuesto que la generalización, junto a la “desidia” habitual, del destajo, las primas y las movilizaciones extra de mano de obra, en donde las presiones y las peticiones se contrapesan, no garantiza el éxito al que el estado aspira. Y lo que se alcanza es una combinación perfecta entre el ya citado “egoísmo” de las empresas con el oportunismo, a sabiendas fomentado, de los trabajadores. Decenas de años de grandes esfuerzos para justificar y “planear” minuciosamente una *jerarquía salarial*, dotada de un sistema de estímulos materiales cien veces perfeccionados y normados no han logrado el milagro que los trabajadores, mediante su “accionar responsable”, y premiado, puedan *compensar* todos los daños que sistemáticamente ocasiona la economía de palancas. Y menos lo logran algunos activistas ejemplares, héroes del trabajo que a veces salen en los periódicos.

c) El hecho que el salario, mientras la existencia del trabajador que el estado garantiza por un lado *sigas asegurada* y por el otro no mejore mucho con los “incentivos”, sea poco idóneo como “palanca”, ha llevado a los hombres y mujeres del PCUS a sacar conclusiones muy sugestivas.

La primera es que hay que continuar como hasta ahora, pero haciendo las cosas con más energía y precisión. Viejos “movimientos” de diversos tipos recobran, entonces, fuerzas: el de “los renovadores” va contra la acostumbrada rutina y quiere aventurarse en lo nuevo; otro opera con la consigna de “incorporar a los trabajadores a la lucha por reducir los gastos en la producción”; y por supuesto también están las jornadas de trabajo extraordinarias en los días conmemorativos.

La segunda es que, lo repiten en voz cada vez más alta, habría que dejar los alicientes en un segundo plano y *amenazar* más, también con la pérdida del puesto de trabajo. Pero los dirigentes del

partido y del estado no se hacen eco de esta conclusión. Aunque partidarios de los castigos correctivos en los casos en que las pacíficas costumbres socialistas son violadas por borrachos, pendencieros, o incluso disidentes, permanecen fieles a la “conquista” que los diferencia a las claras del capitalismo: el derecho al trabajo, o sea la existencia modesta y segura del trabajador es intocable.

La tercera es que al partido se le ocurre pensar que, según su propio legado tradicional del “obrero como ser bondadoso”, quizá sea una eventual “inmadurez moral” la traba del progreso social. Entonces desde el secretario general hasta la pancarta en la fábrica recurren a la reprimenda moral y pública de los trabajadores por su falta de *disciplina*. Por esta senda moral se transita hoy en la URSS para expandir las “fuerzas productivas”, un indicio muy claro que allí no hay ni planeamiento ni capitalismo.

II. Glasnost y perestroika: una campaña de rearme moral, en vez de una crítica materialista del sistema.

1. La reestructuración económica

Hoy por hoy el PCUS está seriamente disgustado con los resultados de su propio sistema económico. El partido advierte que los intereses materiales de la sociedad no son debidamente satisfechos y desea aumentar la productividad para que las cosas mejoren. Acomete con tal fin una reestructuración económica que no tiene nada que ver con un plan comunista que con sensatez proyecta tanto las tareas necesarias a cumplir como la adquisición y el empleo de los materiales y los medios de producción para aliviar el trabajo. El partido “reorganiza” los deberes contradictorios que ha impuesto como finalidades económicas a sus empresas y a los trabajadores, y reclama una circulación más ágil de valores de cambio como el medio para que la producción y distribución de valores de uso, de por sí, mejoren. El mismo partido que en 1917, sobre la sexta parte del globo abolió la propiedad privada, precisamente la razón de ser y la finalidad del dominio de la ganancia sobre la producción social, postrado hoy ante el fetiche “ganancia”, identifica rentabilidad con más productos y menos volumen de trabajo. Con una fe porfiada en la “ley del valor”, que Marx criticó como ley de la explotación asalariada en el capitalismo, el PCUS actúa como si el fundador del comunismo hubiese recomendado a los comunistas tomar el poder para perfeccionarla y aplicarla mejor.

Así, el PCUS “reestructura” sus palancas económicas anticomunistas: con sus errores.

El partido presenta ante la opinión pública soviética abundantes y aplastantes pruebas de la necesidad de reestructurar la economía. Señala el abastecimiento deficitario de la población y de las empresas debido a la escasez de bienes o al que su mala calidad los hace inconsumibles o inutilizables; anota el despilfarro de material en la elaboración de los productos, que a su vez se deterioran en los almacenes o en el transporte; detecta la existencia de excelentes innovaciones tecnológicas para mejorar los procesos de fabricación y la calidad de los productos, que simplemente no se ponen en práctica; y concluye que todo eso no tiene por qué ser así.

Pero ni bien se trata de cambiar las cosas el PCUS convierte los graves percances que él mismo acaba de señalar en *problemas complejos*. La soltura con la que el partido se refería a disparates manifiestos en su economía, como si bastase un poco de buena voluntad y sentido común para ponerles fin, era mentira.

Plantado frente a su realidad planificada el PCUS, muy circunspecto, sostiene que es una grave dificultad el averiguar lo que le hace falta a la gente y a las empresas, y una gravísima lo es el dirigir la producción para que de todo lo necesario haya lo suficiente. Y algo de razón tiene porque no intenta ni una cosa ni la otra cuando implanta sus medidas para armonizar “cada vez mejor” las necesidades y la

producción.

En vez de hacer un recuento de lo que hace falta e impartir las instrucciones para suplirlo, el partido se pasa emparchando un “mecanismo económico” que, casi por sí mismo, define las necesidades, encauza la producción, asegura el abastecimiento, fomenta las innovaciones y efectiviza el empleo de la mano de obra, en suma, todo lo arregla para bien. Por supuesto que en la realidad “el mecanismo” es sólo una imagen, ya que los planificadores y los directores de empresa deben usar la mollera y la voluntad de cumplir con unos rendimientos prescritos. Pero al partido le parece evidentemente que caería en el más completo desamparo si se limitara puramente a hacer de las necesidades instrucciones y a introducir los mejores métodos de producción. Sus voces de mando hacia la economía tienen otro y mucho más “amplio” significado: indicadores, normativas, sistemas de cálculo económico, etc., que si se cumplen como es debido funcionan justamente como un mecanismo de relojería, que llevado por su propia lógica logra un resultado productivo óptimo, sin que ninguno de los participantes se lo haya propuesto como fin expreso.

El principio rector de este sistema de órdenes que aspira por su carácter indirecto a la eficacia es la idea de una circulación monetaria, que a través de la compra y venta de bienes dotados de precios hábilmente estipulados, lleva a los productos allí donde se los necesita, y de paso genera unos excedentes financieros que a la dirección del plan le norma a su vez las perspectivas de la planificación.

¡Qué extraño mecanismo es éste! Se sabe que el PCUS hizo la revolución para suprimir la autocracia de los Romanov y *también* la del dinero, la forma contundente y acuñada de la propiedad privada, y que las razones que tuvo para hacerla no eran malas, pues las leyes de la circulación y el crecimiento del dinero que empobrecen al obrero y agigantan a la explotación son el producto genuino y desagradable del *sistema* capitalista, que el PCUS se propuso abolir y abolió. Cuando lo hizo no se dejó impresionar por el hecho de que la “distribución” de los bienes en el capitalismo es tan sólo el efecto final de la circulación del dinero, una distribución justamente muy *oportuna* para que surja y se reproduzca tanto la riqueza como la pobreza.

Pero el PCUS –ahí están los resultados de una gestión económica que señalan las consecuencias de su error anticomunista– no ha querido volverse contra el dominio del dinero sobre la producción social, sino tan sólo contra los efectos nocivos y que consideraba injustos de tal dominación. El partido expropió la propiedad privada capitalista y con ello derogó las leyes capitalistas reales de la circulación monetaria, pero con el plan de volver a entronizarlas *sin* propiedad privada y sin sus efectos injustos. Las consecuencias de tal proceder no pueden ser más enrevesadas.

En primer término existe la voluntad oficial de lograr una justa distribución de los productos, luego se fijan los precios que corresponden, con ellos deben manejarse las empresas, que ya no operan más como órganos del crecimiento del patrimonio privado, sino como centros productores de propiedad estatal, pero que realizan beneficios como si del lucro se tratara. Sin embargo, el deber que el estado les impone a las empresas de realizar utilidades, no se debe cumplir a costas de nadie: ni a costas de los trabajadores, ni de los consumidores, ni de los proveedores, ni de los clientes, ni de otras empresas que fabriquen productos similares, y el provecho lo debe obtener el estado recolectando sumas de dinero cada vez mayores con las cuales ampliar la producción. Vuelven a generarse así todos los *instrumentos* del capitalismo, pero no como los medios *apropiados* de la acumulación de capital, sino como formas sumamente incómodas de atender al pueblo, aunque útiles como herramientas de dominio del estado sobre la producción de la riqueza social.

Sin duda que también así se puede administrar, pero ¡a qué precio! Porque el PCUS utiliza la conquista revolucionaria que tan caro le costó, la libertad para planear la producción, nada menos que para establecer un sistema que opera con los “condicionantes” de la rentabilidad económica de valores de cambio. “Condicionantes” por otra parte ficticios como tales, ya que en ellos no actúa ningún “mecanismo” social de explotación y de acumulación de riqueza en manos privadas, y sí, en cada precio, norma y prima la voluntad del partido para dar vuelta así las cosas.

Las órdenes que entonces el partido imparte al pueblo productor adoptan formas sumamente irracionales que encima recuerdan aquéllas que siempre han servido al enemigo de clase. Pues en el capitalismo, por supuesto sin que el estado “lo norme”, las leyes del salario, el precio y la ganancia actúan sobre los productores como coacción materializada, “objetiva”, del sistema.

Hay entonces indicios que a los comunistas soviéticos, fuera de todas las injusticias sociales, una cosa *les gusta* del capitalismo. Esto es: la existencia de una riqueza abstracta, cifrada en contundentes sumas que crecen casi automáticamente, y separada del trabajador. Esa “conquista” del capitalismo el PCUS no la niega, la quiere administrar estatizada. El partido quiere garantizarle al estado una riqueza que como no aparece de entrada en la forma de bienes que cubren necesidades sociales, sino como excedente financiero monopolizado, está, “natural y objetivamente” a disposición exclusiva del estado. Parece como si el partido intentase con todas sus fuerzas colocar al estado en la función económica de explotador general real de toda la sociedad, haciendo trizas sus propios ideales de una democratización económica donde el trabajador decida sobre el producto del trabajo social.

Más grave que todo lo anterior es para el PCUS el hecho que los singulares mecanismos económicos que ha creado presentan deficiencias muy serias para los mismos encargados de manejarlos. La confianza depositada en que las prescripciones dictadas surtan los efectos debidos tanto los engaña que luego, para que tan siquiera arrojen resultado alguno, deben recurrir en todas partes a los “estímulos”. Medida por cierto ridícula en el capitalismo, “la escuela” donde los planificadores, de reojo, tanto han copiado para su instrumentario económico, y que además reconoce lo bien arreglado que está todo para que los productores no sean los beneficiarios directos de los esfuerzos de su propio trabajo.

Las empresas entonces, que ya no son medios para el interés del enriquecimiento capitalista, se manejan con un sistema de “alicientes” para la dirección y el personal, como si fueran sujetos económicos y con un interés propio artificial en obtener ganancias, pero no a costas de nadie, sino en beneficio del todo planificado. El partido les impone al respecto una gestión contable, un “sistema de cálculo económico” que desmiente su propio ideal de una acumulación eficaz, sin que le importe que las magnitudes financieras con las que esa gestión opera tendrían sentido y validez reales sólo si reflejasen los efectos de una verdadera competencia capitalista, mientras que como normativas e indicadores contrarían simplemente todo tipo de cálculo propicio. El estado demanda constantemente producir más, pero las directrices sobre los costos exigen economizar en el empleo de los medios de producción y en los materiales. Al mismo tiempo debe ser un objetivo permanente mejorar y reestructurar la producción cumpliendo con los índices que el plan determina para el aumento de la productividad. Hay que abaratar los productos, mejorar su calidad y simultáneamente realizar los índices de beneficios y reducir los costos. El plan manda producir cada vez más y mejor con menos recursos, como si éstos no aumentaran con el desarrollo de la producción.

El carácter contradictorio de las órdenes impartidas a la producción conduce necesariamente a que las empresas *maniobren*, cumpliendo con aquellas normativas más favorables y eludiendo otras, para mostrarse “eficaces” allí donde les parece que vale la pena. Los efectos perniciosos de tal actividad empresarial no se hacen rogar. Por ejemplo, para garantizar el cumplimiento de las metas de producción asignadas se suelen acopiar en cantidades desproporcionadas medios de producción y fuerza de trabajo, que luego quedan sin utilizar o faltan en otra parte; o se cumple con la norma de economizar materia prima a costas de la calidad del producto; se evita introducir nuevos procesos de elaboración que ahorran material porque traen consigo un aumento de los costos que suponen riesgos contables; a la calidad mejor de un artículo, que se premia con ciertos aumentos de precios, se la obtiene con modificaciones insignificantes del producto, sin acometer el riesgo de una nueva construcción y una reorganización de la producción que colocaría a la empresa, según la relación dada costos-excedente, en una situación financiera precaria. El partido cataloga estos hechos como “fenómenos negativos”, e imagina “palancas” que pongan en orden las cosas, cuyo ideal funcionamiento es precisamente cumplir con la totalidad de las prescripciones administrativas estatales.

Década tras década el PCUS vuelve a reformar su economía, y se niega sistemáticamente a

reconocer la *irracionalidad intencionada* de su sistema de planeamiento y gestión como la causa de la persistente escasez, que hace sufrir al pueblo y malcontenta al partido mismo.

La perestroika de Gorbachov no se aparta de esta línea general. El partido, como siempre tratando de dar con la empresa socialista que *per se* satisfaga todas las aspiraciones estatales, se dirige ahora a las empresas para decretarles que actúen más por su *propia cuenta*. Y para exigirles mayor “rentabilidad” en la gestión económica como medio para aumentar la productividad del trabajo. Un plan que de capitalista no tiene nada, porque la famosa “rentabilidad” no es nada más que una magnitud ideal de la planificación, y de comunista menos, porque el planeamiento obedece a la rentabilidad, el “indicador” que fuertemente provisto de estímulos debe despertar el “interés material” de la gerencia y el personal de las empresas. El PCUS así empuja nuevamente a su pueblo al absurdo ajeteo de tratar de arrancarles a los mecanismos automáticos y prescritos de la gestión económica una producción y distribución pasable de bienes. Con tal propósito el partido pone en circulación ideologías que avergüenzan a todo comunista. Imbéciles máximas de la teoría económica de la empresa, que quieren hacer creer a la humanidad que sin el “afán de lucro” no hay zapato que no duela ni clavo que salga derecho, obtienen ante la opinión pública soviética la aprobación oficial del partido. La insistencia con que se alude a “lo propio” de las empresas recuerda la perorata occidental de la “iniciativa privada”, para la que el lucro surge simplemente del afán. Aunque el “rendimiento”, la materialización de la plusvalía, que logra en el capitalismo un individuo con la cualidad empresarial necesaria de saber aprovecharse de la “presión sorda” de las condiciones económicas sobre una mayoría sin propiedad para someterla a servir a la propiedad ajena, sea muy difícil de reproducir en una normativa económica socialista. También se alaba la virtud capitalista en “reducir los costos” como garantía de la eficiencia en general, como si del economizar surgiera la abundancia y como si el cálculo capitalista de costes no tuviera su base en el excedente, que justifica cualquier coste, sobre todo el derivado del uso abundante y a todo vapor de la mano de obra barata.

En cuanto al “mercado”, ciertos economistas soviéticos lo celebran como un maravilloso tinglado que basta que aparezca una necesidad y ya la satisface, como si la competencia por cubrir necesidades *solventes* no tuviese su atractivo en que la *insolvencia* de toda una clase social, la asalariada, condena a ciertas necesidades esperar toda una vida para ser satisfechas. Se recomienda en consecuencia recurrir a los métodos de la economía de mercado para armonizar la producción con los deseos de los consumidores, como si el saber dónde y qué es lo que hace falta fuese para la dirección del plan una tarea imposible y una cosa fácil para empresas interesadas por el estado en la rentabilidad. Por último en el debate sobre la reforma económica se ha descubierto que “la competencia” es una coacción saludable para los colectivos laborales, que los impulsará a obtener rendimientos imposibles de lograr hasta el presente. La nueva “arma económica”, que al igual que las anteriores también ha sido tomada prestada del arsenal ideológico del capitalismo, expresa la necesidad moral que la dirección y el personal de las empresas se esfuercen en rendir más y en administrar mejor. Estos ideólogos no ven a la competencia como hecho económico, como la puja por una demanda solvente limitada que genera necesariamente también perdedores, sino como un precepto educativo, y consecuentemente imaginan ciertos efectos de la competencia capitalista tales como el cierre de fábricas, como una nueva y hábil “palanca” de la gestión económica. Sin embargo, en una economía como la soviética donde tanto hacen falta medios de producción como mano de obra, la palanca no es el gran recurso de presión moral que se imaginan, como tampoco lo son los anhelados *parados*, que el sistema soviético no produce, y que son tan apreciados teóricamente por la notable fe que ellos ejercen una influencia positiva sobre la voluntad de rendir de quienes trabajan. En medio del debate pasa completamente desapercibido el hecho que las ganas de trabajar, por más grandes que sean, para convertirse en productividad necesitan con que hacerlo, una omisión por otro lado explicable, si se observa que la discusión pública es tan sólo la superestructura ideológica de la reforma económica. Porque valerse ideológicamente, debido al brillante rendimiento productivo, de la figura artificial y arquetípica del “empresario”, o de una providencia bicéfala dotada de poderes materialistas llamada mercado-competencia, es una cosa, y otra muy distinta es dar vida a esos engendros moralizantes en las empresas socialistas, a fuerza de índices y normativas.

En realidad lo que el partido hace es continuar modificando las pautas directivas de su sistema de cálculo económico y del reparto de las utilidades. Por un lado las normativas deben simplificarse y reducirse, para que las empresas rindan y actúen más por “su cuenta”, pero por el otro el partido mismo no confía plenamente en su receta. Gorbachov, en la reunión plenaria del CC que aprobó los lineamientos para la reforma económica, declaraba lo siguiente: “El problema de un sistema de indicadores que sirva como relación entre la dirección económica central y la autonomía de las empresas no ha sido resuelto todavía”. Lo que sí ha quedado resuelto con esta declaración es que el PCUS persiste en el error de querer seguir siendo materialmente útil a su pueblo *sin* introducir una economía planificada. Porque una “relación” entre la dirección económica central y las empresas es un “problema” sólo si las directivas no resultan de una planificación en beneficio directo de los productores, es decir, si no pueden confiar en sus propios intereses para que sean cumplidas. Si el partido en el poder además cree que sólo puede hacer bien al pueblo presionándolo a trabajar con provecho, el problema sigue firme, y si como medio de presión, imitando los métodos capitalistas de administrar, impone un “cuenta propia” empresarial inventado, y encima no está conforme con los resultados, entonces ya tenemos al problema transformado en “la búsqueda de una relación óptima”, es decir, en un mandato económico-moral de nunca acabar.

2. La campaña antiburocrática

El PCUS se refiere al materialismo insatisfecho de las masas populares como motivo para efectuar cambios sociales que califica de “fundamentales y revolucionarios”, y que lo serían si se tratara realmente del libre materialismo de la humanidad trabajadora. Pero no es así. Porque el PCUS más bien especula con el deseo de mejorar las cosas de gente que ha aprendido a saber cómo arreglárselas dentro del sistema de “condicionantes” estatales, abogando por una reforma que pide básicamente a todos, cada uno en su lugar, más “flexibilidad” para impulsar así la economía. A la gran traba el partido la bautiza “burocracia” y contra ella emprende una campaña con la pura intención práctica que nadie pueda desentenderse, remitiéndose inocentemente a las instrucciones, si sus esfuerzos no dan los resultados previstos. El partido apunta su crítica contra “el burocratismo en todos nosotros”, permite y alienta las expresiones de descontento popular con el cálculo egoísta de valerse de la moral de las masas como la fuerza productiva social más potente y efectiva.

El PCUS ha iniciado una campaña contra la burocracia que él mismo creó para que ejerciese las funciones de la dirección y de la planificación de la economía.

Esa burocracia es criticable por lo que *hace*. Ella, para hacer cumplir el plan, lleva el papeleo burocrático que necesariamente surge de las normativas contradictorias y “materialmente interesadas” del sistema de cálculo económico. Pero al partido eso no le hace, y adopta el punto de vista económicamente huero que ya el simple hecho de fijar *muchas* metas al planeamiento es conspirar contra el funcionamiento apropiado del aparato planificador. “Se administra demasiado”, reprocha el partido, tanto que luego nadie se atiene a las instrucciones impartidas. Así alimenta la sospecha, burguesa y pueril, que *los formularios mismos* serían el freno para el sistema económico socialista, en sí mucho más dinámico.

Esta tontería teórica tiene la ventaja práctica –por algo será que circula– que las “propuestas concretas de rectificación” enseguida aparecen. El mensaje que el partido dirige al pueblo es que no espere directiva alguna, que actúe allí donde sea necesario. Este llamado no es tan abstracto como suena –sí lo sería en una economía libre de mercado, donde a la mayoría asalariada le podrá faltar dinero para vivir, pero nada más, ni menos gente que la atienda: patronos que *dan* trabajo, políticos que dan libertad y sindicalistas que dan justicia social–. Mediante él se aviva el fuerte anhelo de superar la cotidiana escasez poniéndose inmediatamente en campaña a la búsqueda de la negligencia más próxima. Y tanto el hombre como la mujer soviética no necesitan buscar mucho. Ya que un fenómeno muy propio del sistema de estimular con mil maneras complicadas el egoísmo, es que habiendo por todas partes personas muy cumplidoras con lo que se les ha ordenado, ello no está en una relación

razonable con los efectos económicos útiles, que el plan justamente prescribe alcanzar indirectamente, manejándose con valores de cambio. Resulta entonces muy fácil, frente a cada uno de estos “fenómenos”, ante cada cosa que escasea o que no funciona, apelar al sentido común utilitario-económico para censurar agriamente como un desatino completo algo que el sistema de planeamiento y dirección de la economía creado por el PCUS considera como un complejo problema de la relación dinero-mercancía y del cálculo económico de las empresas.

Es una muestra de cinismo que el compañero Gorbachov, agitando el libro rojo de quejas, una institución desde que existe el socialismo real, se ponga a la cabeza de los reclamos con frases como éstas: “Nuestras sondas espaciales son asombrosamente precisas cuando se trata de encontrar al cometa Halley... mientras el más simple de nuestros aparatos domésticos presenta defectos realmente molestos”. Porque si fuese sincero, como hombre inteligente, tendría que decidirse de una buena vez: se pone de parte de las necesidades y del interés en satisfacerlas óptimamente, o del dirigismo económico mediante valores. Pero el PCUS desdeña en absoluto esa alternativa. Desea compensar las fallas que el sistema genera a cada paso, movilizándolo a los hombres y mujeres soviéticos para que actúen contra ellas. Por eso da razón a todas las quejas, y más aún, le hace un deber al pueblo el reclamar. Luego les manda de vuelta a quienes reclamaron, o peor aún a quienes ni siquiera abrieron la boca, el paquete de problemas con el encargo de solucionarlos a la brevedad.

Por supuesto que el partido, después de setenta años de experiencia, conoce al dedillo las tretas del sistema de reclamaciones, de manera que cuando las hace suyas sabe entonces muy bien a qué atenerse. Como se ve, la idea de Gorbachov no tiene nada de original. Y además ocurre que todo el mundo tiene a la razón de su parte cuando censura una anomalía concreta, pero también tiene una normativa, o un reglamento o un estímulo que le impide ponerle fin por su cuenta y riesgo. Si todo funciona en base a instrucciones y reglamentos es natural que sean ellos mismos los estorbos, salvo que exista una negligencia criminal en el cumplimiento de los deberes. Esto le puede costar hasta el pellejo al responsable; un final que no aclara para nada qué clase de deberes son esos, tan frágiles.

Pero actualmente al partido no le basta con el cabeza de turco tradicional, y proclama a “la burocracia” como cabezota de turco general para que nadie pueda argumentar refugiándose en los reglamentos. También da entrada al lamento contra “el aparato”, con el que cada uno ha hecho sus malas experiencias y puede disculparse, (no importa en qué nivel del aparato esté) para darle luego salida con una instrucción suprema: todo aquél que descubra, donde sea, una irregularidad prescrita, tiene razón contra el reglamento.

Este proceder es, por su lógica, la forma en que el poder suele tapparle la boca a los criticones, pero el PCUS ni lo piensa ni lo practica con ese fin, porque lo que precisamente busca son cambios compensadores, y conoce muy bien su negocio para saber en qué puntos la relativización general de las directivas del plan puede brindar resultados prácticos que a su vez luego se moldean en el acto en nuevas autorizaciones y reglamentos.

Por ejemplo, prácticas hasta ahora ilegales, genuinos vicios de la economía de palancas, como el arreglárselas con la escasez valiéndose o bien del trueque y del trabajo clandestinos, o bien del hurto generalizado de materiales y productos, o el ganarse el afecto de los proveedores con sobornos, han sido debidamente contempladas en la nueva ley de la empresa, que autoriza a celebrar contratos de préstamo y arriendo y permite fijar precios especiales en pago de prestaciones extraordinarias, que legaliza en suma, algo de lo que era de uso común pero estaba prohibido. Hoy ya está perfectamente claro que mañana el partido va a lamentar el abuso de las nuevas libertades porque dañan las actividades normales de las empresas, y desgraciadamente también está claro que nada habrá aprendido sobre lo disparatado de su sistema de palancas económicas. Seguirá entonces imperturbable en la búsqueda de instrucciones y autorizaciones cada vez más justas y perfectas.

El imperativo de, en caso de conflicto, hacer caso al sentido común y desechar al reglamento burocrático, el partido lo generaliza totalmente y así le complica la vida a sus ciudadanos. Porque aunque relativizadas en general, las directivas y prescripciones siguen siendo válidas en los casos donde

debe primar el sentido de la propia responsabilidad, y si el compromiso personal en estos casos no convence por sus logros materiales de nada sirven las exhortaciones de arriba, pues hay que penar un incumplimiento de deberes. Para que la iniciativa individual tenga, a pesar de todo, sus posibilidades, el partido lanza un nuevo decreto que prohíbe prohibir las críticas, al hacerlo no advierte la cantidad de relaciones de subordinación y mando irracionales que ha impuesto a la sociedad con sus absurdos “mecanismos” de dirección y planeamiento, y ventila, eso sí, el problema que tal vez haya abierto las puertas a querrellosos de toda laya.

Más allá de este “contratiempo” resulta claro que lo que el partido pretende del pueblo, convocándolo a protestar y a mejorar las cosas, es que se muestre cada vez más capaz de asumir la tarea adicional de corregir por propia iniciativa los defectos de la economía de palancas allí donde sea necesario, vale decir, según el partido en todas partes.

El partido por lo pronto da una gran importancia a la convocatoria moral, y mide al pueblo según la conducta que asume frente a ella: hay quienes cooperan y participan y quienes frenan, de estos últimos existe una tipología completa que va desde el malo hasta el inerte pasando por el desinformado. Porque el PCUS aspira realmente a que sea la moral de las masas *la palanca económica* que mantenga funcionando correctamente a todos los sutiles mecanismos que hagan posible la paradójica existencia de una “ley socialista del valor” en bien del estado.

Pareciera que el partido quisiera confesar que todo el aparato de “complejas y objetivas” leyes económicas que ha inventado se basa pura y exclusivamente en sus voces de mando y en la obediencia del pueblo. Si así fuera, sería un buen signo, sería rectificar para, setenta años después de haber abolido la propiedad privada, empezar con el comunismo. Sería, eso sí, otra cosa que la campaña “glasnost” con la cual el PCUS quiere animar a su pueblo.

3. Glasnost en la cultura

El llamamiento del PCUS a esclarecer y reestructurar “el estado espiritual de la sociedad y la vida del partido mismo”, ha desatado una verdadera tempestad en la ya de por sí sobredimensionada esfera de la superestructura moral e intelectual. A veces al partido lo asalta la duda que todo lo que se ventila y se discute actúe como una fuerza productiva, en el sentido más amplio y benévolo de la palabra. Suya es sin embargo la responsabilidad, y de nadie más. El haber confundido conciencia de clase con un inquebrantable sentido de la justicia, es decir el conocimiento de las cosas para imponerse con una ideología anclada en el espíritu, ahora se paga. Porque valores morales no sólo se le pueden arrimar al socialismo, sino que una vez allí se pueden contraponer amargamente, unos a otros hasta el cansancio. Y si los comunistas soviéticos siempre fueron de la opinión que el pueblo necesita de una educación moral que dé sentido a las cosas, cuando el acicateado idealismo reformador se desahoga a sus anchas en las altas esferas del espíritu, ¿qué se les puede ocurrir?

Así el PCUS da a conocer que el materialismo, la doctrina oficial, no sirve para nada.

El llamamiento del partido al pueblo para que haga suyo a “glasnost”, para que aporte con sus propias ideas y se convierta en el actor principal del proceso de reestructuración, encuentra *ciertos destinatarios* que no precisan que se lo digan dos veces. La fe del PCUS en que la desatada “creatividad” del intelecto popular sólo puede ser muy útil recibe, por parte del intelecto popular *ilustrado*, una respuesta merecida, situada más allá de la economía y de los asuntos que realmente le importan al estado.

Los moralistas de profesión, afincados en las diversas ramas del arte, la literatura, los medios de comunicación y las ciencias sociales, se sienten como si fueran los intérpretes naturales de la “perestroika”, y más aún, como sus verdaderos precursores. En ellos la construcción del estado

socialista desarrolló la vanidad, creyendo de sus obras, donde campea la moral de caracteres, revelaciones y conductas, que eran un aporte inmenso para la educación político-moral de las masas populares. Esta exageración fue la que, por otra parte, produjo la famosa cuestión de si tal o cual producto artístico o intelectual iba o no con el socialismo, y las consiguientes prohibiciones. *Aquí* el campo de acción de glasnost es inmenso. Cineastas, literatos e intelectuales de toda clase, a los que hasta ahora no se les había llevado el apunte debido, hacen oír su voz, y se les escucha. Basta que algo no haya podido ser publicado para que merezca por tal cosa ser tomado muy en cuenta. La reacción de los antiguos rivales, que siempre quisieron lo mejor de todos y para todos, no se hace esperar. Y los intentos de mediación del secretario general que advierte no confundir las críticas con los ajustes de cuentas personales, tienen pocas chances de prosperar. ¿Cómo se va a poder distinguir justamente en *ésta* esfera una cosa de la otra?

También desató fuertes polémicas la decisión del partido de acabar con el exitismo en la interpretación de la historia soviética. La maldita costumbre de derivar la autoridad del partido no de los argumentos sino de sus gloriosas tradiciones y de su grandiosa obra generaron las famosas “páginas en blanco” de la historia oficial, por las que hoy se llevan a cabo tan inútiles como empecinados debates. En este caso el interrogante “clave y guía”: Stalin, ¿cómo fue posible? –en otras naciones: ¿Hitler?, ¿Hiroshima?. ¿Vietnam?, etc.– se nutre, al igual que los retoques del pasado, de criterios morales que tienen la virtud de no clarificar absolutamente nada pero animan la controversia por *clasificar* casos y cosas. Es muy dudoso que una vez revisada la historia, la producción y la distribución de bienes funcionen bien y al pueblo soviético le vaya mejor.

Nunca faltaron en la URSS arbitrios para arreglar el mundo, de manera que hoy, glasnost mediante, “florece cien necias flores”: paneslavistas y pro-occidentales, viejas escuelas, disputan ahora como ecólogos defensores de la “madrecita Rusia”, contra el falso ídolo “computer”, y el conjuro de las “fuerzas productivas”. Las ideologías burguesas se tornan necesariamente “encantadoras”, pero la esperanza occidental, y el temor oriental, que puedan amenazar al socialismo no tienen fundamento. Ha sido el partido mismo quien ha contribuido desde hace ya largo tiempo al embrutecimiento moralista del pueblo. Y el dilema entre la civilización o la pacha-mama, o si Trotski fue un héroe, o un traidor, o ambas cosas antes o después de una fecha, no tienen un significado tal que puedan conmover los cimientos del poder estatal.

Pero el partido recibe palos por todos lados. Merecidos, por cierto, en tanto nunca pensó en combatir con argumentos para acabar con los puntos de vista en el pueblo que el mismo partido desaprobaba.

Movimientos religiosos y nacionalistas reclaman ahora sus derechos. Como hay glasnost a sectores populares ucranianos no se les ocurre idea mejor que la aparición de la Virgen María con el programa de una iglesia auténticamente nacional, ucraniana, que anule la unificación con la iglesia ortodoxa rusa ordenada por Stalin.

Oficialmente el partido declara al ateísmo la doctrina estatal y luego, “tácticamente”, pacta con la iglesia ortodoxa. El resultado son esos conflictos. La religión, según las ideas del partido debería estar en vías de extinción. Pero no lo está. ¿Por qué?, al partido no le interesa. La pregunta que quizá el partido haya cometido errores en la cuestión religiosa, tampoco le interesa. Más bien le gusta conjeturar que algo positivo deberá de haber en la religión, porque el moralismo estatal vigente poco tiene que reprocharle al catálogo de virtudes morales cristianas.

Por supuesto que el partido no se saca de encima el temor que la religión, en colusión con nacionalismos disidentes, sea un factor de perturbación. De poco le sirve opinar, como lo hace ahora, que la atractividad de la religión haya aumentado debido a las “prohibiciones formales”. Primero, porque la tolerancia ha sido siempre lo contrario que poner en claro las cosas, y segundo porque es muy de dudar que sea justamente la permisividad la que contribuya a la extinción de una ideología inútil.

Aquí se ve la triste situación en que ha caído un partido comunista que teniendo al materialismo como bandera no sabe lo que es. Como administrador de un modo de producción que restringe los intereses de los productores a quienes debe servir, tan plausible le parece al partido la moral, que no se atreve a criticarla ni en la forma de religión.

En cuanto al nacionalismo, el PCUS lo toleró y lo atendió oficialmente, en bien de esa gran cosa llamada “cohesión nacional”, que no es sino la adhesión cerrada al propio poder nacional, y que en un estado multinacional como la URSS naturalmente también vale para cada una de las formas nacionales que el poder político asume. Además que si en la Unión Soviética hubo alguna vez gente para la que había pasado inadvertido el hecho que eran miembros de una nación el partido se lo hizo saber prontamente con una gramática propia, mucho folklore y, en caso necesario, hasta desenterrándole usos y costumbres desaparecidas. Según el PCUS, esta es una obra ejemplar del poder soviético porque mediante el reconocimiento pleno del derecho nacional de cada pueblo a su singularidad como tal, se logra unir a todos los pueblos que habitan la URSS en una comunión pacífica de vida. La obra es más contradictoria que noble: quiere afirmar lo nacional *sin* el nacionalismo. Pero resulta que el sentimiento nacional del propio valer, lo positivo para el partido, no existe sin su complemento negativo, la subvaloración de lo no-nacional, lo extranjero. Ahora entonces, cuando lituanos y casacos, ucranianos y tártaros reclaman reparaciones y la satisfacción debida para su honor nacional, el PCUS tiene ante sí a los caracteres nacionales en acción, que el mismo contribuyó a forjar, y además está de nuevo frente al eterno problema de clasificar qué es lo que debe o puede permitir y qué es lo que no, para fomentar entre los pueblos el amor y el respeto mutuos. En cuanto al lema que los comunistas no precisan patria porque se crean las condiciones de vida que eligen, el PCUS no sabe ni por donde tomarlo.

Pero el PCUS tiene además sus insospechados defensores. El sano instinto del pueblo despierta también con la perestroika y encuentra que por muy buenas que sean las intenciones de Gorbachov las cosas ya van demasiado lejos. Decentísimos ciudadanos soviéticos que siempre cumplieron con su deber, jubilados que saben muy bien cómo la juventud vegeta sin ideales, patriotas para quienes lo que la Unión Soviética ha conseguido es simplemente ejemplar, gente acostumbrada a no pasarla mal (la tan mentada oposición dentro del partido), todos ellos no quieren ni pueden permanecer pasivos frente a lo que consideran como agravios contra los valores por los cuales hasta el presente tanto se han sacrificado. Precisamente porque el PCUS logró una completa politización de su pueblo, es que actualmente estos sectores se indignan frente a las críticas de una “nueva mentalidad” que pisotea los viejos principios de la ciudadanía. Criticar es para ellos denigrar a la patria. La “nueva mentalidad”, servilismo frente a ideas foráneas que la gran Unión Soviética para nada precisa. El orden público, piensan, está amenazado por la tolerancia y la apertura. Para defenderlo se hace necesario fundar organizaciones que defiendan los valores soviéticos tradicionales y cultiven los idearios patrióticos.

Seguramente que el PCUS al convocar al pueblo a una rectificación general del socialismo no deseaba, ni esperaba, que se generasen tales conflictos, como quiera que sea, la forma en que les hace frente es bastante débil. Ésta consiste, además de la recomendación de no exagerar ni criticar mucho ni poco sino lo justo, sobre todo en la advertencia de tener siempre como mira, al criticar, el progreso del socialismo. Esta observación del partido poco aclara las cosas porque en la URSS toda disertación moral, y cualquier producto intelectual en general, presentado con la actitud de responsabilidad frente a la sociedad, puede reclamar para sí con toda la buena fe del mundo que es una obra buena para el pueblo y útil al socialismo.

Otra cosa es que el PCUS se sienta incómodo en medio de la tempestad de excesos moralistas que el mismo ha desencadenado, dudando hasta de sus efectos prácticos positivos. Pero su escepticismo es tardío y también escaso de argumentos. Porque sigue confundiendo al comunismo con la creación de un hombre nuevo, y porque pretende que la moral, el consuelo frente a la ordenada escasez, además sea la fuerza productiva auxiliar del socialismo.

Que no se asombre entonces el PCUS, que si por la moral se juega, el moralismo desatado tome su propio cauce natural de disparates y odiosidades.

III. Activa intromisión en los asuntos imperialistas para promover la paz mundial, en vez de un proyecto revolucionario mundial.

1. La política exterior del PCUS

El PCUS tuvo que construir su estado socialista siempre bajo la constante amenaza de guerra, y en medio de la guerra. Para no ser aplastado debió realizar ingentes y continuados esfuerzos militares. Tuvo que habérselas con Hitler, y una vez acabada la guerra con la hostilidad concentrada de las democracias occidentales, hoy aliadas en la OTAN y dispuestas a convertir el espacio cósmico en un bastión militar dirigido contra la Unión Soviética. Eso es una cosa.

Frente a ese mundo imperialista hostil el PCUS adopta una posición para mejorarlo, corregirlo, “humanizarlo”. Y eso es otra cosa.

Se abstiene de combatirlo, de propiciar los cambios revolucionarios en los estados enemigos, porque se ha decidido por la empresa, necesariamente sin fin, de actuar como factor de moderación y de distensión sobre los dirigentes políticos y los gobiernos de esos estados.

La Unión Soviética no se ahorra con ello ni gasto ni esfuerzo militar alguno. Se gana, eso sí, un excéntrico puesto en la puja imperialista permanente por el reparto del mundo, que le exige esfuerzos políticos, diplomáticos y militares adicionales.

A su pueblo, que debe solventar esa política, el PCUS no le dice la amarga verdad que hay que estar continuamente preparado para la guerra. Prefiere “orientarlo” a través de un credo político donde se unen el orgullo militar en un poderío defensivo “invulnerable” con un amor a la paz ardiente, sincero y vacío.

Y haciendo suyo el ideal imperialista de “la amistad de los pueblos” el PCUS borra del recuerdo todo trazo del proyecto revolucionario mundial.

Al instaurar el estado socialista soviético el PCUS se enfrentó al mundo de los estados burgueses y a su expansión imperialista. Y al proclamar a la paz una meta del nuevo poder niega que haya “motivos sanos”, como para los demás estados, que justifiquen las amenazas y las acciones militares.

Pero esa proclamación también implica que el PCUS no quiere en absoluto desinteresarse del resto de los estados –a cuyos conductores se sabe que nunca les faltan motivos, dada la naturaleza extorsiva de las exigencias recíprocas que se hacen, para mandar a los pueblos a la guerra– y dedicarse pura y únicamente a la agitación revolucionaria de las masas populares. Porque, precisamente ha hecho de la paz un *asunto de estado*, de todos los estados. Paz es para el PCUS la forma ideal del trato entre todos aquellos que ejercen el poder y en consecuencia comandan fuerzas armadas. Se propone entonces actuar *con* toda esa gente para humanizar las relaciones internacionales, en bien de los pueblos del mundo.

El PCUS arguye una razón, como irrefutable y decisiva, que lo apremia a comprometerse con la paz: la seguridad que la guerra atómica mundial significa, hoy más que nunca, la destrucción completa de la civilización, y por ende también del socialismo, la meta del partido. Pero el diagnóstico, que suena trivial, es además falso. Porque encubre que para “la locura total” de una guerra nuclear –lo demencial impone evitarla– se necesitan dos bandos, y uno de ellos es precisamente el poder soviético, el mismo que el PCUS desea poner totalmente al servicio de la lucha contra la guerra. La contradictoria ideología que afirma de las armas nucleares que fueron concebidas para imposibilitar que sean

utilizadas no mejora aunque sean los rusos quienes la propaguen. Sin la firme voluntad, también del lado soviético, de librar si es necesario una guerra nuclear, no existiría el inminente peligro a evitar. Y entonces, ¿por qué no reconoce el PCUS que cuenta con enfrentar a las armas atómicas del enemigo imperialista con las suyas propias? Eso sería por lo menos un punto a su favor, frente a los profesionales democráticos de la hipocresía y el engaño. Pero también un punto en contra de su política pacifista, pues equivaldría a reconocer que ella no tiene ni como punto de partida ni como objetivo supremo a “la paz”, sino a la defensa de su estado frente a un bloque de estados enemigos pertrechados con armas atómicas. Entonces sería una contradicción manifiesta que el PCUS se arrogue el derecho de patrocinar el gran proyecto mundial de liquidar cualquier peligro de guerra nuclear, nada menos que porque se prepara para, llegado el momento, librarla. Y una cuestión decisiva para el PCUS estaría sobre el tapete. Pues conformándose a que la URSS sepa *sólo* defenderse en un mundo hostil negaría la misión, que ella como estado socialista y potencia mundial posee y es capaz de cumplir, de promover la paz internacional. Si no pudiese afirmar que la supervivencia estatal más o menos garantizada de la Unión Soviética es un enriquecimiento cualitativo de la vida internacional, una victoria en la lucha que tiene como meta final hacer al mundo más justo y más pacífico, no sabría como *diferenciar* a su estado del resto de los estados burgueses. Pero así el PCUS adopta una posición ideológica sobre el poder estatal curiosamente *común* con la de su enemigo imperialista. Pues todo gobierno imperialista sabe muy suya a la paradoja que *la violencia militar propia* sólo está para poner límites a *la violencia en general* entre los estados, y en consecuencia cuanto más poderosa sea, más “paz” crea. Sin embargo el programa de paz soviético es el resultado de una trayectoria política propia y específica del PCUS. El primer paso del partido fue decir ¡no va más! al negocio imperialista y belicoso cuya agencia es la diplomacia, y el segundo acudir a ella con una propuesta constructiva de paz y cooperación; necesaria y urgente debido a “la gravedad de la situación mundial”. La “gravedad” denota el punto de partida negativo, contradictorio, de su aporte constructivo. El PCUS, que no tiene pretensiones de manejar al mundo en su provecho, a la porfía con la que sus enemigos imponen estratégicamente sus intereses imperialistas globales le cuelga la fraseología de una responsabilidad colectiva de las grandes potencias (¡justo de ellas!) por la paz mundial. Se equivoca, y muy feo, porque tiene ante sí al *derecho* militar de las democracias aliadas a establecer *su* orden mundial, un derecho que precisamente define al estado soviético como una anómala excepción, una perturbación y un problema para la seguridad internacional. La Unión Soviética tiene que armarse y prepararse para la guerra, porque eso es el requisito *sine qua non* para que una sociedad pueda existir como sujeto político autónomo en el mundo de los estados modernos. Tiene que saber aguantárselas en una lucha cuyas causas, fines y medios no los ha establecido el PCUS, sino que han sido determinados por los intereses imperialistas en controlar, vigilar y aprovechar de todos los recursos humanos y naturales del planeta. Mientras que el PCUS sostiene que la preparación militar permanente y creciente a la que la URSS está forzada es en realidad algo completamente ajeno y contrario a su proyecto de construir una sociedad socialista, no considera a la coacción que significa tener que soportar la competencia militar con los estados enemigos como la prueba que entre los estados rigen únicamente reglas de juego imperialistas. Que el poder soviético sepa sobrevivir en un mundo imperialista que le impone cómo y a qué costo hacerlo, muestra según el PCUS, que es posible abatir las leyes de la competencia imperialista y colocar en su lugar a los principios del partido como guía para el trato entre las naciones. En qué berenjenal se ha metido, el partido ni siquiera quiere fijarse cuando convierte, siguiendo su propia lógica, a los obstáculos a su proyecto de “humanizar las relaciones internacionales”, en la advertencia falaz sobre los peligros de una guerra nuclear que supuestamente no se propone librar. Algo que mucho se parece a la fraseología de las potencias imperialistas sobre “la inmensa responsabilidad” que por la paz asumen, con la cual realzan ideológicamente sus derechos a dominar el mundo.

Que algún estadista occidental “conceda” por ahí que la paz y la seguridad son problemas “comunes” al partido ya le basta como “signo positivo” de una “coalición de la razón” con sus enemigos, y como indicio que sus advertencias han sido captadas. Así ve confirmada su propia ficción de un orden imperialista mundial en vías de rectificación debido, ¡nada menos!, al hecho que la Unión Soviética, gracias a las necesarias armas nucleares, es capaz de aguantarlo.

Con esa mentalidad el PCUS se convirtió en el campeón de *las conversaciones diplomáticas sobre los armamentos*. En las tratativas reclama del enemigo principal acordar el cese conjunto de los preparativos militares para una guerra atómica, dado que ninguno de los beligerantes puede aspirar a sacar provecho alguno. Para que los Estados Unidos renuncien a sus planes de lograr una superioridad estratégica decisiva al PCUS no se le ocurre engañifa mejor que aludir a que sus propios arsenales nucleares están tan plétóricos, tan a punto y tan modernizados como los de su enemigo. Luego agrega que está dispuesto a tener en cuenta, con espíritu constructivo, todas las preocupaciones defensivas de la OTAN, siempre que los Estados Unidos desistan de la idea de hacer del espacio un bastión militar estratégico. Una oferta *ficticia*. Porque, ¿qué puede ofrecer la URSS que se compare con el progreso estratégico militar que significan las nuevas armas espaciales, y que los Estados Unidos buscan? Nada. Si pone a sus arsenales nucleares sobre la mesa a cambio de la IDE, es para volver, de otra manera, a reclamar siempre lo mismo: que los Estados Unidos cesen de amenazar a la Unión Soviética con la guerra nuclear. La respuesta norteamericana a tamaña impertinencia ha sido en todos los casos un no tajante, ya que como potencia *imperialista* no tiene realmente otra cosa que ofrecer. A pesar de todo el PCUS insiste en su petición de paz, y acaba de trozar su ficticia oferta negociadora según los tipos de armas, para obtener un tratado sobre la retirada de los misiles de alcance medio de Europa que no ha influenciado en absoluto los planes norteamericanos de guerra de las galaxias. ¿Qué gana el PCUS con ello? Pues que continúa hablando de los armamentos atómicos con el enemigo. Lo que le parece positivo, ya que si amenazó con la ruptura de las negociaciones fue sólo para que pudiesen continuar. ¿Qué gana el imperialismo? Dos libertades. Una, dada la voluntad soviética a toda prueba de proseguir las tratativas diplomáticas sobre el tema guerra nuclear, la libertad para encajarle a los diplomáticos soviéticos la responsabilidad por la ruptura o la continuación de las negociaciones. Y la otra, la libertad para dictarle a la URSS las condiciones de un tratado “fructífero” sobre cierto tipo de armas, donde ambas partes se comprometen a reducir sus potenciales, destruyéndolos y retirándolos de los frentes según las modalidades que consideran ventajosas o que no afectan al planeamiento estratégico de la guerra nuclear.

Así el PCUS a su país y a su pueblo no le ahorra ningún esfuerzo militar, y a su enemigo le da seguridad. Pues la OTAN sabe ahora que la única maniobra de presión a temer de los rusos es una oferta de desarme.

La aspiración de promover la paz mundial le abre al PCUS un campo muy amplio de actividades internacionales. *La diplomacia*, en todas sus variantes, debido a la posición algo marginal de la URSS, ejerce un fuerte atractivo sobre los comunistas soviéticos. Pero la diplomacia también es el campo de acción genuino de sus enemigos. Porque en el mundo imperialista cuando los estados quieren imponer sus sagrados intereses nacionales buscan la complacencia de las soberanías foráneas, justamente porque las lesionan. Necesitan entonces de un “intercambio de ideas” permanente, donde a las exigencias que se formulan las subrayan con los medios de presión y chantaje de que cada uno dispone. A cargo del personal diplomático corre además fijar en tratados el nivel de la extorsión que cada una de las partes, por el respeto y el interés que tiene en la otra, está dispuesta u obligada a aceptar. En la ONU por ejemplo, la más grande bolsa diplomática del mundo, el alto bien “paz” se cotiza siempre con sus *condiciones*, que incumplidas por un estado son condiciones de guerra para otro. Porque cuando conciertan tratados internacionales los poderes soberanos saben de una sola instancia que garantiza que la otra parte, aún a costa de sus intereses, cumpla lo pactado: la propia fuerza.

Este afable asunto que es la diplomacia no cambia ni un ápice porque en él participe la patria de Lenin, un estado que niega que la materia y el significado de la diplomacia sean las razones y las condiciones que los estados tienen para hacerse la guerra.

Sin embargo, vista la URSS desde el punto de vista estrictamente diplomático, ella es una potencia militar muy bien armada y dispuesta a combatir y por lo tanto una referencia obligada con la cual todos los estados, es decir, su diplomacia, pueden y tienen que calcular. *Solamente por eso* la URSS encaja en la competencia internacional. La *negativa* soviética hacia los planes guerrillistas del imperialismo juega entonces un papel importante en tanto constituye para la diplomacia occidental una *amenaza* de guerra adicional y global, que a ciertos estados les brinda protección para defender sus

intereses y a otros les acarrea problemas cuando despliegan sus medios de presión. Al mismo PCUS no se le ha pasado por alto que no basta con reconocer el noble carácter de las relaciones internacionales para mejorarlas. Porque a su inquebrantable voluntad en una “solución pacífica de los conflictos mundiales” sólo ha conseguido que se la respete en la medida del poderío militar con el que amenaza. Su reacción ha sido entonces dotar a las fuerzas armadas soviéticas de medios abundantes para facilitar cualquier tipo de intervención constructiva en las continuas agarradas entre los estados miembros de la ONU. Así el partido empuja a la Unión Soviética a incorporarse a la competencia interimperialista, *confundiéndose* en ella con las demás potencias, sin que tenga los intereses imperialistas de estado que para las naciones occidentales son el punto de partida natural de sus actividades políticas externas.

Por ejemplo, ¿qué tienen que hacer, desde el punto de vista del socialismo, las naves de la flota roja en el Golfo Pérsico?, ¿o tanques de fabricación soviética en los arsenales del ejército egipcio, e hindú?, ¿o soldados soviéticos en Etiopía y en Angola? Estos actos sólo tienen sentido como parte integrante de la desatinada empresa de cooperar con ciertas *autoridades* en la solución de *sus* problemas, para de paso contribuir a mejorar las relaciones internacionales. Si se les da tanto valor a los diplomáticos, entonces para conservarlo *hay que enviar*, tarde o temprano, misiones militares y pertrechos.

El carácter político anormal de las intervenciones militares soviéticas se puede con frecuencia observar en el hecho que, desde el punto de vista imperialista normal, no hay relación positiva alguna entre los gastos y el rédito de tales empresas. No son las operaciones de aniquilación acostumbradas, como la de los norteamericanos en Vietnam, o las de Israel y Sudáfrica contra sus vecinos y una parte de sus súbditos. La utilidad estratégica es en consecuencia escasa o nula, mientras los costos militares, dado la finalidad político-pacificadora de las intervenciones, aumentan. Es que precisamente, para el PCUS la política internacional de paz de la URSS no debe ser lo que la política imperialista de pacificación es: *un terror militar de superioridad aplastante*. Pero esta reserva ni siquiera reduce los costos morales de la política exterior del campo socialista. Para la opinión pública democrática, la presencia político-militar de la Unión Soviética en cualquier punto del globo, medida según los valores standards de la diplomacia, desenmascara a la voluntad soviética de paz como una frase de propaganda que carece de toda credibilidad, comparada con la frase occidental “paz en libertad”, que sólo está premeditada para adornar los logros de una violencia militar sobradamente eficaz.

El PCUS impone ideológicamente con éxito a sus masas populares los ideales pacifistas que carecen de toda vigencia en la realidad imperialista de las relaciones interestatales. Continuamente difunde la idea de un mundo armonioso, donde las naciones aman la paz, y nadie quiere la guerra, fuera de una ínfima minoría ávida de dinero y poder, digna del desprecio moral y la ignorancia teórica. Así el partido fomenta un enigma, porque, ¿cómo puede ser que los malos, con ser tan pocos, se impongan y obliguen continuamente al estado y al pueblo soviéticos a realizar enormes esfuerzos defensivos para asegurar la supervivencia nacional? Quizá haya logrado desacostumbrar a su propio pueblo a la necesidad de aclarar las contradicciones de su propia propaganda. Como quiera que sea el partido tiene siempre a mano el adjetivo “complejo” para salir del paso: así omnipresentes y “complejas contradicciones” hacen que “la situación internacional permanezca complicada”. Además el PCUS cultiva una gran visión nacional de la Unión Soviética, como una marcha triunfal de la paz a través de la historia, saludada con amor y respeto por todos los pueblos del mundo. Y mucho ojo en no compartirla, sea por lo que sea, pues entonces los comunistas soviéticos se ponen furiosos.

Todo lo que el PCUS entiende y practica como solidaridad internacional de clase consiste entonces en que se considera a sí mismo como el paladín del idealismo de la paz mundial, y en que como gobierno procura en la medida de sus fuerzas desarrollar la misma voluntad de paz y justicia en otros gobiernos. Así coinciden el patriotismo soviético con el internacionalismo proletario, casi como se lo imagina en el mundo imperialista un sentimiento cívico nacional cualquiera.

2. El comercio con los países capitalistas

El PCUS, al introducir la economía planificada arrebató a los intereses del capital imperialista la posibilidad de meterle mano a las riquezas del país y a su pueblo, inversamente, las empresas socialistas no tienen ningún interés comercial en mercados, riquezas y pueblos de otros estados. Sin embargo la URSS participa en el mercado mundial, se endeuda en moneda “fuerte”, e invita a capitalistas foráneos a que se asocien, en “joint-ventures”, con empresas soviéticas.

El PCUS por un lado es indiferente al acontecer económico del capitalismo, pues no le interesa importunar para nada a las naciones capitalistas exportando la revolución. Pero por otro lado tanto le atraen los frutos de la explotación capitalista en el extranjero que no desea que haya límites para exportarlos o importarlos. Lo ideal le parece tener en el comercio, de socios, a capitalistas extranjeros.

Tal es, según el partido, la forma apropiada de librar “la competición de sistemas”, con la que ni siquiera asocia la idea de arrumar económicamente al capitalismo. El estado soviético se incorpora entonces al mercado mundial como si al hacerlo las pautas económicas socialistas de su sistema se esparcieran por el globo. A los tratados comerciales el partido los maneja como si fuesen pruebas fehacientes de lo beneficioso que resulta comerciar con el socialismo real, para impresionar a los estadistas y negociantes extranjeros y convencerlos, si no del socialismo, por lo menos de las ventajas de hacer las paces con él.

En nombre de esa ficción el PCUS devuelve al capital internacional y a sus custodios nacionales parte de lo que les había quitado. Una manera de contribuir a desestabilizar su propio sistema.

El partido también se preocupa por el sentimiento internacionalista de las masas populares y lo atiende con victorias socialistas en las olimpiadas.

¿Qué demonios tienen que hacer los comunistas en competiciones deportivas internacionales, o en festivales de ópera? ¿Para qué producir niños campeones que se descoyuntan haciendo gimnasia, o fracs para los músicos de gira en el extranjero? ¿Acaso son estos los productos adecuados para reemplazar al artículo “revolución”, borrado de la lista de exportaciones? ¿Para qué precisa el PCUS esas ridículas manifestaciones de performances nacionales, que a los estados burgueses les sirven para alimentar el nacionalismo de sus ciudadanos y agradar el *bouquet* no menos nacionalista de los mirones foráneos?

El PCUS ha abandonado completamente la agitación y la propaganda comunista por el culto de una imagen nacional de la URSS, y ojalá fuese eso lo peor de su línea política internacional guiada por el principio de “la competición entre sistemas sociales diferentes”.

Porque resulta que los comunistas también trafican en los mercados del mundo capitalista. A los europeos occidentales les compran tuberías caras, y se las pagan con mucho gas barato. Si de trigo se trata comercian con el enemigo principal, o con sangrientos generales sudamericanos, y les paga con divisas que engrosan el negocio de los bancos intermediarios y la penuria financiera de la URSS. En vez de andar de un lado al otro concertando negocios más que dudosos, ¿por qué no construyen donde mandan, más de la sexta parte del globo, un paraíso de los trabajadores, autárquico, bien provisto e inexpugnable?

El PCUS alega una razón para todo lo que hace que parece materialista pero que no lo es, y por supuesto que comunista menos. El comercio internacional, sostiene el partido, es de “provecho mutuo”. ¿Ha pensado tan siquiera un momento en cuál es esa “otra parte” cuyo provecho quiere fomentar? Y en su balanza comercial con el imperialismo, ¿qué provecho anota, fuera de las deudas y la escasez de divisas?

Lanzado a propagar las bondades de un comercio próspero el PCUS adopta una posición muy similar en cierto sentido con la de su “competidor” occidental. No quiere saber absolutamente nada ni del sistema que tiene enfrente, ni de sus fines, ni de a qué clase de muy bien organizados

condicionantes se aviene cuando comercia. Supone que su socio comercial es el reflejo ligeramente deformado de su propia imagen. Igual proceden los capitalistas, y la jauría periodística a su servicio, cuando toman a la economía planificada del socialismo real como una oportunidad como otra cualquiera para hacer buenos negocios, donde por supuesto falta un mercado libre y el instrumental variado y práctico de una economía abierta. El PCUS, simétricamente, toma al capitalismo como si fuese un sistema de palancas para producir bienes útiles, que según los principios del sistema de cálculo económico se complementa magníficamente bien con la economía planificada, si bien no cumple en su totalidad con los criterios de un abastecimiento planificado, de las masas populares por supuesto.

Así, con esas ideas sobre demanda y consumo, los comunistas soviéticos en reuniones con empresarios occidentales, que sólo tienen tasas de ganancia en el magín, logran hablarle a la pared, para luego cerrar trato y brindar por el provecho mutuo. De esa forma consiguen *hacer caso omiso* de todos los intereses antagónicos que realmente tienen encima. Abstraer del antagonismo entre el mundo de los negocios, en el que quiere tomar parte, y la clase obrera occidental es lo que al partido le resulta más fácil. Sabiéndose al frente de toda una gran potencia económica que no tiene por qué reconocer otros principios que no sean los suyos el PCUS atribuye a los asalariados occidentales el mismo provecho de su comercio con el capitalismo real que siempre promete a sus trabajadores, es decir, un abastecimiento mejor. Pero el partido tiene en la manga todavía otro beneficio para los trabajadores occidentales mejor que los Lada, las pieles y el caviar que sus empresas vuelcan sobre el mercado libre para que el obrero se sirva: sus compras. Ellas son pedidos que “aseguran” puestos de trabajo. Quiere decir que el PCUS conoce muy bien *la dependencia* de los asalariados occidentales del éxito comercial de las empresas que los explotan, pero como se ve por el autoelogio de los puestos de trabajo no la encuentra en sí criticable. Justo donde se observa que el capitalismo funciona de *otra forma* completamente distinta al socialismo real, el partido descubre que el capitalismo anda mal, pero que podría andar *mejor* si se lo abastece con órdenes de compra. Así piensa que contribuye a mejorar la situación social de la clase obrera de los países occidentales.

De paso el partido está seguro de haberles hecho un favor a los empresarios “serios y reponsables” y a las figuras políticas al frente de los ministerios de economía y trabajo, pues ellos ni son los buitres de la competencia –la misma de la que los agentes comerciales soviéticos tratan de sacar partido– ni tampoco cínicos que calculan día y noche cómo abaratar la mano de obra. Son hombres abrumados por problemas, a los que el partido les ofrece cierta ayuda práctica y el ejemplo de su propio sistema. A la mafia político-empresarial occidental el PCUS le presenta al estado soviético como modelo para que los estados capitalistas y sus sociedades observen que pueden funcionar mucho mejor si prestan más cuidado a los trascendentes aspectos sociales de la economía. Esa es toda la crítica constructiva que los comunistas soviéticos hacen al capitalismo que florece en su derredor. Asumir más sus intereses materiales *contra* los estados donde impera “otro orden social”, es algo que afirman no querer ni haber querido nunca.

¿Pero es que acaso se nota siquiera allí donde ciertos efectos del negocio mundial con créditos, dinero y mercancías han llevado a la generalización de la miseria, que eso que llaman hoy “marginación social” pueda ser un “problema” para los dueños del poder y del dinero en los países imperialistas? Ese drama del “tercer mundo” el PCUS lo conoce muy bien, sabe que es el *resultado* de cuarenta años de “integración y desarrollo”, y rechaza cualquier responsabilidad por esa situación. Hasta nombra a los responsables cuando se refiere a “las transferencias netas de capital” por valor de miles de millones de dólares de la periferia empobrecida y sobreendeudada hacia las ricas metrópolis, sobre todo hacia los Estados Unidos, o cuando estigmatiza las injusticias manifiestas del comercio internacional. Sin embargo, nada de eso para el PCUS justifica el liquidar todo tipo de colaboración constructiva con el sistemático saqueo imperialista.

El PCUS se conforma con descubrir las grandes injusticias que cometen los poderosos, y para repararlas presenta una serie de recomendaciones *en nombre de los maltratados y dirigidas a quienes detentan la “responsabilidad del poder”*. En vez de criticar al *sistema* imperialista, a su forma metódica de meterle mano a todas las riquezas del planeta, propaga la contrarrevolucionaria sandez de *mejorar*

el empleo del instrumentario que posee tanto el comercio como el mercado mundial. Entonces, imagina el PCUS, deberá concretarse el verdadero significado planificador del comercio y del crédito, del FMI y el GATT, del Banco Mundial, el oro y el dólar: promover una “división internacional del trabajo” socialmente beneficiosa para el sur, el norte, el este y el oeste.

Esto indica que al PCUS, de cierta manera, le gusta intervenir en los antagonismos propios de la vida económica capitalista, pero no para imponer sus propios intereses materiales sino para dar a conocer un punto de vista muy extraño como *competidor* en una “competición de sistemas” que no entiende como la pugna de alternativas que se excluyen, sino como una especie de concurso entre soluciones diversas para *problemas idénticos*; tales como una producción más eficiente, un mejor abastecimiento, una distribución más justa, etc. Pero este punto de vista resalta lo inconmensurable de ambos sistemas, porque el capitalismo no tiene esos problemas, cuya solución según el PCUS está en su propio “modelo social”. Lo que el capitalismo, y su necesario funcionamiento imperialista generan, son continuos antagonismos, que a la economía planificada le son completamente ajenos, y que actúan precisamente contra ella, ni bien los planificadores socialistas se avienen a establecer relaciones comerciales financieras y crediticias con el mundo capitalista. Los negocios entonces se concretan siempre que los agentes comerciales socialistas se comporten como competidores normales en un mercado capitalista, en la medida que dispongan de un poder de compra sólido, acuñado en una moneda capitalista aprovechable y de una oferta de artículos a precios competitivos. Estos “condicionantes” implican criterios de rentabilidad que atentan contra el “sistema de cálculo económico” de las empresas socialistas y contra sus normativas burocráticas y sin apuros. Además la necesidad de procurarse divisas se renueva una y otra vez, y los administradores del plan saben muy bien que si eso se convierte en un problema ya no tiene arreglo, y se agranda, pues le sigue la obligación de tomar créditos, el endeudamiento y la extorsión.

Toda la ciencia de los institutos de investigación económica del PCUS no alcanza para entender estas pequeñeces. Porque el partido prefiere convertir los antagonismos con el capitalismo, contrarios a los intereses materiales de su propio modo de producción, en problemas necesitados de una solución constructiva. Ya que se trata de la tarea común al capitalismo y al socialismo que se llama “competición de sistemas”, donde la economía socialista, por su parte, debe “luchar por alcanzar un nivel internacional”. ¿Qué se cree el PCUS?, ¿que “el nivel”, es decir, los magníficos rendimientos de la explotación capitalista tienen como su significado económico a la clave para resolver el problema de la productividad en el socialismo real? Al compararse, y autocriticarse, frente al progreso capitalista los comunistas del PCUS revelan quien *realmente* mide a quien, fuera de cualquier interpretación ideológica y sin contar con todos los efectos necesarios que pesan sobre quienes trabajan. Son ellos los que se someten a una medición de “fuerzas” bien concreta que se ejecuta a través de una comparación de precios con base en dólares y según las condiciones que fija el mercado mundial. ¡Otra que facilitar el abastecimiento y promover el progreso tecnológico!

Cuando los capitalistas utilizan la oferta mercantil del socialismo real o penetran en su mercado no necesitan modificar nada. Que se equivoquen sobre lo que es la economía planificada y cómo funciona, quizá, pero qué les importa. Ellos ganan dinero, y eso, al fin y al cabo es lo único que les interesa, sea el mercado libre o planificado o lo que sea. Los gobernantes comunistas, por el contrario, se ven confrontados con oscilaciones de precios que no pueden manejar en el sentido de su planificación. Entonces en medio de su economía planificada deben instalar zonas preferenciales para el comercio con el Occidente, provistas de “estímulos” adecuados para que corra el dólar y no el rublo.

En Polonia, donde los gobernantes socialistas recurrieron al crédito capitalista en gran escala para poder soportar “el nivel” del comercio con Occidente, luego, el carácter coactivo del servicio de la deuda externa desmanteló el modo de producción e hizo de la economía polaca, para los acreedores, la masa de una quiebra que les rinde un interés y les da muchos derechos, y para la URSS y sus aliados un negocio a pérdida con la obligación política de subvencionarlo. Los bancos imperialistas cobran y el socialismo paga. He aquí a la nueva “división internacional del trabajo” realizada en el marco de “la competición de sistemas con diferente orden social”.

Pero el PCUS tiene en menos a estas razones porque especula con la modernización que compra y paga, y *además con un rédito político* del comercio con los países capitalistas. El partido está convencido, y quiere probarlo a toda costa en el negocio internacional nada menos, que los amos del mundo tienen que tener un enorme interés en la paz mundial, porque la guerra sería el derrumbe general del lucrativo trajín con mercaderías, deudas y créditos a lo largo del globo. Tal razonamiento es falso por los cuatro costados.

Primero porque los artífices económicos y políticos del mercado mundial no están interesados en la prosperidad “del mercado”, sino unos y otros en el éxito de su patrimonio privado y nacional respectivamente. En la lucha por lograr tal fin, la puja del competir, quedan en el camino, arruinadas sin remedio, empresas, ramas completas de la economía y también estados. Vale decir que la floreciente competencia internacional con sus despiadadas prácticas comerciales crea continuamente conflictos que pasan a la esfera política. Una vez allí competen exclusivamente a los poderes políticos soberanos, y puede ocurrir, como ocurre, que un gobierno cualquiera llegue a la conclusión que el camino que tiene para salvaguardar el interés nacional es el uso de la fuerza. Las naciones imperialistas tienen motivos sobrados para la guerra porque precisamente sus negocios han tejido una red mundial de circulación y acumulación de capital que ha arrastrado a todos los estados a una lucha constante y sin cuartel por la existencia nacional, que entonces crea en todas partes la necesidad de controlar y vigilar mediante la amenaza con el uso de la fuerza.

Segundo, que debido a lo anterior uno de los deberes más fáciles de la política imperialista es justamente la interrupción de los negocios, por los cuales vela, en interés del control general sobre el todo político-social. Ningún estadista burgués es de la opinión que la puja del competir, a cargo de sus capitalistas, sea el asunto casi idílico de una “emulación pacífica”. Saben muy bien de las cualidades extorsivas de todo gran negocio, y de los medios comerciales que allí se usan y de allí se sacan. Y también saben que el poder les da la libertad y la responsabilidad plenas para preferir el chantaje al provecho comercial si la situación lo exige.

Tercero, que el negocio de las naciones capitalistas con el socialismo real es la sección del mercado mundial que justamente está sometida a una reserva política explícita. Aquí los políticos imperialistas, que normalmente calculan cómo activar sus balanzas nacionales cifradas en dólares, se olvidan de los dólares, casi igual que los clientes socialistas que desean adquirir facilidades de acceso a ciertas tecnologías, y *frenan* a sus hombres de negocios con listas de embargo (COCOM se llama el comité encargado de elaborarlas, bajo la dirección del gobierno norteamericano) y restricciones a las exportaciones con el fin de dañar la productividad socialista. Esto significa que la supervisión política del comercio de los países capitalistas con el campo socialista tiene la calidad del *sabotaje*. Y si los propios *farmers* se arruinan con el embargo, la responsabilidad por la seguridad nacional en una democracia lo contabiliza como costos de la libertad, que se sabe no tiene precio.

No hay pues en el comercio mundial ningún elemento que favorezca o condicione la paz, y sí necesidades permanentes de vigilar, amenazas y llamadas al orden entre competidores, todas altamente belicosas. Por si fuera poco, frente a la Unión Soviética las naciones capitalistas colectivamente asumen un interés en la seguridad global de su sistema, por encima de la competencia entre ellas. Aplicado a las relaciones comerciales con la URSS ese interés hace que con frecuencia primen las consideraciones político-estratégicas sobre el comercio. Sería sin embargo un error suponer, a la inversa, que el mantenimiento y la ampliación del comercio anule la estrategia imperialista de pacificación contra la URSS. Porque lo que sale del comercio, su parte del “provecho mutuo”, los imperialistas lo examinan como medio de presión y de sabotaje, y si los políticos occidentales, imitando a sus colegas soviéticos, a veces subrayan el aspecto pacífico de un tratado comercial, que mejor signo para saber que siempre tienen muy presente al antagonismo insuperable y belicoso contra el campo socialista.

El gran servicio a la paz mundial del PCUS consiste en ignorar que las potencias imperialistas *con* la apertura de relaciones comerciales fructíferas abren un nuevo frente político contra los países socialistas. Impasible, deja hacer al enemigo porque ha previsto al comercio internacional como elemento dentro de su economía planificada, y también como valioso factor para promover la paz

mundial. Y eso, afirma el partido con la confianza que le otorga el mando sobre todo un mundo socialista que obedece a sus propios principios, objetivamente es así. Soberanamente omite que el capitalismo funciona de otra forma, opuesta al socialismo real, y de hecho *se somete* así a los criterios que rigen el comercio mundial que son los del imperialismo porque él los impone. A su pueblo el PCUS mediante los negocios con Occidente no le ahorra nada, sino que le impone nuevos deberes económicos, cargas palpables que debilitan la capacidad de resistencia de los estados socialistas a la presión imperialista. La oferta del sistema socialista como modelo social no atrae a estadista o político occidental alguno, y de la clase obrera mundial el PCUS ya ni de influenciarla se acuerda. Competir a costas del capitalismo tampoco quiere. A quién va a impresionar entonces el PCUS, sabiendo que las democracias imperialistas en el arte de esquilmarse económicamente entre ellas y de expoliar al resto de los países son cien veces más eficaces y logreras. Claro que arreglado estaría el mundo si la URSS, imitando fielmente a sus enemigos, respondiese a cada ataque a sus intereses nacionales con la misma moneda. En ese caso lo que sería la competencia mundial entre las naciones es mejor no pensarlo. Que nadie vaya a negar pues, *un* aporte del PCUS a la causa de la paz: el haber hecho de la Unión Soviética un adversario tan fácil de calcular para el imperialismo.

3. El PCUS y el comunismo mundial

Para la izquierda occidental el PCUS ha echado a perder la atractividad del socialismo con el mal ejemplo que el estado soviético transmite, y es en consecuencia el responsable del fracaso de las “fuerzas revolucionarias”. Mal dicho.

Primero porque ningún anticomunista sea o no de izquierda ha hecho que sus posiciones políticas dependan de una investigación objetiva del socialismo real. Y segundo porque quien vacila en criticar al capitalismo por los errores de los comunistas soviéticos, ¿se puede saber qué revolución piensa hacer?

Si el PCUS ha dañado la causa mundial del comunismo es por haberse propuesto impresionar al resto del mundo mediante los grandes éxitos en la construcción de una obra nacional. Realizar la idea del mejor estado es lo contrario de un proyecto revolucionario mundial. Mediante su política de tratar de ganar a los demás estados y a sus conductores políticos como cómplices de su voluntad de paz, el PCUS ha liquidado al movimiento comunista internacional. Por su empresa de paz sacrificó a ciertos partidos hermanos y señaló a las más poderosas formaciones comunistas el camino del “eurocomunismo”. Hoy en el mundo imperialista ya no existe ni oposición ni rebelión alguna detrás de la que “estén los rusos”. Así se paga el error de pretender reemplazar la lucha de clases internacional por la política exterior.

El PCUS no tendría por qué preocuparse de la lucha de clases en otras latitudes. Podría asumir serenamente que le basta y sobra con la tarea de edificar un próspero comunismo y que de todos modos la lucha de clases en otras sociedades debe ser librada y ganada por los comunistas y los trabajadores de los países en cuestión. Nadie se lo podría echar en cara. Pero ya que cree que debe ocuparse de las circunstancias políticas y económicas en todo el mundo, pues entonces que lo haga, pero por lo menos que cuide no complicarle aún más las cosas a los comunistas de otros países. Porque veamos, qué comunista, en cualquier estado del sistema imperialista mundial no sabe de la amarga experiencia que significa encontrarse a los cuadros del PCUS de visita y del brazo de sus enemigos, ya sean estos políticos, capitalistas, o verdugos en uniforme. Y no se trata de encuentros ocasionales, sino de reuniones programáticas para tratar “problemas comunes”. Los políticos occidentales, no se jactan acaso de llevarse mejor con la dirección del PCUS que con la propia oposición comunista doméstica, si ésta, totalmente desubicada, sigue criticando al capitalismo en vez de asumir “las exigencias comunes de la era nuclear”.

Este triste resultado caracteriza un éxito que el PCUS se esforzó en obtener y ha logrado: ganar *la respetabilidad* de los imperialistas occidentales para *la revolución* anticapitalista que encabezó en 1917, que le granjeó la violenta hostilidad imperialista contra la que tuvo que luchar con denuedo. La contradicción de ese éxito se tragó lógicamente a la revolución misma, tan profundamente odiada por los poderes políticos capitalistas porque justamente son su blanco.

El PCUS ha hecho todo lo posible por empequeñecer y hasta negar el carácter revolucionario de su poder político. Pareciera entonces como si el “nuevo orden social” nacido de la revolución fuera un miembro de “la familia universal de naciones”, pero no uno más, sino el guía que ha concretado un ideal que yace en todos los estados modernos, que ha sabido, según la fraseología del partido, encontrar “la respuesta óptima a la cuestión central de nuestra época”. Para el PCUS las naciones de hoy, a diferencia de la Rusia del ayer, no precisan de cambios revolucionarios para adoptar el ejemplo exitoso de la URSS como un estado justo y moderno. De esta manera el PCUS envenena las relaciones con los comunistas de otros países, que sin hacerse ilusión alguna saben que para abolir la propiedad privada es condición necesaria la destrucción revolucionaria de los poderes del estado. Porque no solamente que no les ayuda en esa tarea debido a que ya dejó atrás el “dogma” de su propio Octubre, sino lo que es mucho peor, les recomienda otra que se las trae. Ésta consiste en que los comunistas del mundo desarrollen iniciativas para que las figuras políticas, empresariales, culturales, etc., de cada nación valoren las posiciones soviéticas y se avengan, tanto a los puntos de vista del PCUS sobre los problemas políticos y sociales contemporáneos como a sus propuestas de solución.

Este encargo es, primero que todo, anticomunista.

Segundo, que no se lo cree nadie, ni menos aquellos a quienes va dirigido. Porque el catálogo de iniciativas, por más moderadas que sean, que el PCUS tiene listo para que los estados capitalistas lo copien, para que luego se conviertan en las deseadas “tareas comunes” tienen que primero cruzar el abismo de una revolución socialista, que separa a la URSS del mundo del capital. Y si los “amigos de Moscú” en un país cualquiera olvidan este detalle, el propio poder estatal al que quieren convencer se lo recuerda.

Tercero, que se vuelve contra los comunistas mismos. Ya que el discurso de los comunistas, las iniciativas, tienen que dirigirse a una conciencia ideológica de la problemática nacional fiel a la nación como tal, es decir a la comunidad organizada bajo el poder estatal. Esta postura política comprometida con el progreso nacional, que considera al éxito de la nación como la aspiración y el mandato supremo, debe ser instruida, aleccionada e influenciada por los comunistas mediante un ejemplo foráneo: el soviético. Una, la posición comunista que alude al éxito del socialismo, y la otra que reclama una política nacional exitosa, deben hallar lo que los une, en aras del futuro progresista de la sociedad nacional. De esto *no puede* nunca salir nada bueno.

Porque una postura nacional no sería *auténticamente* nacional si no incluyera la delimitación entre “*nosotros*” y “*los otros*”, la desconfianza frente a los ejemplos foráneos, y también el espíritu de la competencia, ya que si hay una razón nacional para aprender a fondo y sin reticencias del extranjero es precisamente la competencia, la lucha por la supervivencia nacional en un mundo de estados competidores.

La contradicción de querer entusiasmar al “campo nacional-popular-progresista” mediante el arquetipo grandioso de una nación extranjera golpea fuertemente a los partidos que siguen la línea del PCUS con el veredicto patriótico que están al servicio de una nación que no es la propia. Son, ni más ni menos, traidores.

¿Qué les queda entonces a los partidos prosoviéticos? Pues elegir entre dos fidelidades nacionales: o Moscú o los colores patrios. La causa de esta disyuntiva por supuesto que no es el hecho que al poder soviético se le atribuyan ciertos crímenes, que más bien sirven para ponerla al orden del día, además resulta evidente que todos aquellos partidos comunistas que se lo pueden permitir se separan completamente del PCUS para adoptar una auténtica posición nacional. A los eurocomunistas fue eso lo que se les ocurrió, porque otra cosa que patriotismo no habían aprendido del PCUS. Si restaban fieles al ejemplo soviético seguían fracasando frente a un nacionalismo al que le basta tan sólo acordarse de “los rusos” para enseñar un anticomunismo feroz, y al que nunca ni quisieron ni supieron criticar.

Entre las iniciativas internacionales del PCUS por supuesto que no figura la de introducir, aunque

sea poco a poco, el socialismo real en ningún lado, pues como “tarea común” sería imposible de cumplir. El “modelo soviético” que el PCUS propaga internacionalmente es simplemente el de una política exterior modelo, dirigida a lograr un cambio de mentalidad entre quienes conducen la política en los estados hostiles, para que comprendan que es posible y hasta favorable para ellos mismos hacer las paces con la URSS. Con esta iniciativa el PCUS conduce a los partidos amigos a un callejón sin salida. Porque estos partidos tienen que conducirse como los portavoces de la política soviética de paz, y eso es en el mundo democrático la tarea más ingrata que se pueda imaginar. Puede ser que los comunistas prosoviéticos no lo vean así, pero cuando se habla de “política de paz” se hace referencia a “peligros” impensables sin la presencia de una Unión Soviética armada y preparada para la guerra. Por tanto, para toda mentalidad nacional está claro que ser partidario del *amor a la paz* soviético también significa compartir las *razones* que la Unión Soviética tiene para *combatir*. La propaganda comunista por la paz es entonces la continuación de la política exterior soviética en el suelo patrio con los medios de una quinta columna disfrazada de partido, *por eso* toda persona de mentalidad nacional –la mentalidad que el mensaje comunista no quiere cambiar sino ganar para la paz– debe rechazarla con todas sus fuerzas.

El PCUS les exige así a los partidos hermanos un renunciamiento político mortal. Y quien sabe si se lo agradece. Porque yace en la misma lógica de la política de paz que los esfuerzos de los comunistas de un país determinado sean sacrificados sin muchos remordimientos, si con ello se logra que el gobierno respectivo sea permeable a las iniciativas de la política de paz soviética. Por la paz, que para el PCUS es lo mismo que buenas relaciones diplomáticas con otros gobiernos, el partido es capaz de cualquier maniobra cínica a costas de una oposición que con él simpatice o que inclusive él mismo haya contribuido a desarrollar. Cualquier cosa que afiance el reconocimiento internacional de la Unión Soviética se llama paz y está justificada. El PCUS manifiesta así el grave error que significa pretender para su sistema disidente y mediante su política exterior la aceptación y el reconocimiento de los demás estados. Que ese fin para el imperialismo sea un motivo de guerra, el PCUS no lo impide, lo asume.

El PCUS asestó, con su política de paz, un golpe mortal a lo que una vez se llamó “movimiento comunista internacional”. Pero eso no le apena, porque según sus miras dispone de un magnífico reemplazo: nacionalistas, patriotas, gente que se preocupa, por la razón que sea, por el hambre en el mundo o la injusticia social, sin mencionar jamás la lucha de clases (¡faltaba más!), al partido le gustan tanto como los partidos comunistas que siguen su línea y mucho más que los comunistas de a pie. Porque esos amigos como no lo son por encargo, están libres de toda sospecha cuando abogan por una política soviética de paz, que al fin y al cabo lo único que quiere es que la opinión pública y los conductores de las democracias imperialistas le presten el debido reconocimiento. Y si esa gente prestigiosa por ahí se acuerda de su anticomunismo, el PCUS también se lo perdona, en nombre de la paz y el progreso.

Según un esquema parecido el PCUS hizo del movimiento de liberación anticolonial su aliado por muchos años, le prestó ayuda política, diplomática y militar. Los resultados no se hicieron esperar, con la conquista de la soberanía política y el inicio de la construcción económica nacional comenzó también el distanciamiento de los flamantes soberanos de su antiguo mentor, salvo que la subversión imperialista o una guerra con algún vecino hiciera necesaria la presencia de armas soviéticas, que el PCUS considera útil entregar. De la lucha anticolonialista hoy lo único que queda es la costumbre imperialista y neocolonial de identificar a “los rusos” como los instigadores de cualquier trifulca en el mundo bajo el control militar fanático del imperialismo y donde rebalsa la miseria. El PCUS, aunque rechaza que él pueda andar metido en cosas tan feas, por otro lado considera a la acusación como la prueba que todo lo progresivo, justiciero, antiimperialista y humano tiene en el partido a la verdadera patria.

Y en este sentido hoy en día al partido cualquier comprobante le viene bien. A las figuras del arte, la ciencia, y la cultura occidentales las agasaja para que luego testimonien la generosidad de la hospitalidad soviética. Cada huésped prueba que un mundo más pacífico es posible. Con la clase obrera del mundo, que en las potencias económicas grandes y pequeñas trabaja y se arruina, el PCUS

sólo se relaciona por intermedio de gente famosa que sabe entretenerla con canciones, filmes, novelas y moralejas filosóficas.

¿Qué tendrá que ver todo eso con la revolución mundial? Nada. Pero al PCUS qué le importa, si total no la quiere.

IV. Stalin

Industrializó a marcha forzada a la Rusia post-revolucionaria. Dio vuelta a la agricultura de arriba a abajo. Comandó el Ejército Rojo a la victoria sobre el fascismo alemán, y forjó el llamado “bloque soviético”.

Pero también expolió a los campesinos, maltrató a los intelectuales, y cometió crímenes contra los cuadros del partido, en abierta violación de todos los principios de la “legalidad socialista”, y de la “dirección colectiva”. De esto que no se dude, que ya ha sido todo desenmascarado.

Sin embargo la lista de buenas y malas acciones no sirve para realizar un juicio correcto ni sobre la persona, ni sobre la política de Stalin. Porque hablar de “industrialización” aclara tanto lo que fue la obra económica de Stalin, como la frase “el milagro alemán”, la política económica de Ludwig Erhard. En cuanto a que el Ejército Rojo tomó a Berlín, y que haya habido vencedores y vencidos, son hechos que no bastan para saber la causa que venció, y si venció siquiera causa alguna. Tampoco censurar como criminal a la forma en que Stalin gobernaba la explica. Aunque la sentencia les sirva a los demócratas como punto de partida para atribuir “las fechorías”, desde la mira histórico-filosófica o racista, a una necesidad profunda ya sea histórica o asiática; y también a los sucesores de Stalin para “superar” definitivamente el pasado.

1. Stalin, el padre del milagro económico soviético: de la revolución anticapitalista a las “nuevas estructuras socialistas”

A la decisión de combatir la propiedad privada en el campo y simultáneamente acelerar la creación de una industria pesada y de fabricación de máquinas-herramientas Stalin la fundamentó y la peleó ante el pueblo y en el partido con la “teoría” de la construcción del “socialismo en *un solo país*”. Vale decir en la Rusia soviética, pues otro lugar por donde empezar no había. Los movimientos revolucionarios en Hungría, en Alemania y en otros países europeos habían fracasado. La Rusia de los soviets estaba aislada. Y entonces, ¿por qué no empezar con el socialismo en Rusia? El partido bolchevique había hecho la revolución, vencido en la guerra civil y derrotado a la intervención imperialista financiada por Inglaterra y Francia. El territorio del antiguo imperio zarista estaba ahora bajo su completo control, y comenzar a construir en él una sociedad socialista era empezar a realizar la meta de los esfuerzos revolucionarios. Pero justo ese era el paso que “el partido más revolucionario de la historia” no se sentía llamado a dar.

Que Stalin haya creído necesario darle a su programa el carácter de una decisión de principio, y que haya tenido que imponerlo contra duras resistencias dentro del partido mismo, refleja esa extraña contradicción de la política y de la propia condición revolucionaria del partido.

Los bolcheviques no eran un partido que simplemente había tomado el poder, sino el que había llevado al poder a los soviets, esto es a los consejos de obreros campesinos y soldados donde tenía la mayoría, destruyendo así el viejo estado y al poder de la propiedad privada que a él se aferraba. Abatida la fuerza de la propiedad de la tierra y del capital sobre el trabajo social, había conquistado la libertad para poder planear racionalmente la producción. Esa libertad los bolcheviques no pensaban vendérsela a sus opositores democráticos que querían retocar un poco las cosas para que todo quedase como antes, y tampoco pensaban renunciar a ella por la incomprensión frente a los experimentos

socialistas de la clase productiva más numerosa de la sociedad, los campesinos, ahora hechos propietarios rurales independientes por la revolución.

Pero la voluntad revolucionaria sin compromisos de los bolcheviques también se nutría de la idea que lo que llevaba a cada sociedad humana de un estadio a otro inmediato superior era, en “última instancia”, el devenir incontenible del proceso histórico mismo. Y según esta teleología de la historia a Rusia no “le tocaba” el socialismo, porque todavía ni siquiera había alcanzado el estadio próximo inferior, es decir, el capitalismo, ya que el aprovechamiento del país, sus riquezas y sus gentes por el mundo de los negocios estaba recién en los pañales. La cuestión que entonces hacía sudar tinta a los revolucionarios rusos era la de saber qué clase de revolución era la que tenían por delante. Y la conclusión a la que llegaron fue que, nacionalmente, la cosa no daba para mucho más que una revolución burguesa, del tipo de la francesa de 1789, salvo que la verdadera revolución proletaria viniera donde “tocaba” que viniese, en los países capitalistas adelantados, y arrastrase así de paso a la atrasada Rusia al socialismo.

Esta reserva básica hacia los propios fines revolucionarios no les causó ningún problema a los bolcheviques cuando decidieron *hacer* la revolución. Además no pensaban hacerla para abrirle camino a la libertad del dinero y los negocios. Pero tampoco se sentían llamados a comenzar así sin más ni más con la construcción de relaciones socialistas de producción “en un solo país”.

Esta contradicción se manifestó por primera vez con la introducción de la llamada nueva política económica, la NEP, que entregó a la actividad comercial e industrial privadas el abastecimiento de las ciudades con artículos de primera necesidad y la satisfacción de la demanda tanto de bienes de consumo industriales como de medios de producción agrícolas. La NEP había nacido, por un lado, como tentativa urgente contra la miseria, para asegurar la alimentación en las ciudades, y por supuesto que si de paliar el hambre se trataba estaba justificada totalmente la postergación de cualquier tipo de programa político. Pero por otro lado la indigencia no había venido sola, sino que era la consecuencia de la negativa de los campesinos a entregar los productos como en la época de la guerra civil. Los nuevos propietarios agrarios eran ahora el saldo en contra de la propia política, nada socialista, de los bolcheviques frente a la “cuestión agraria”. Ciertamente es que la penuria del poder proletario era tan grande que no tenía materialmente nada que ofrecerles a los campesinos, que pudiese reemplazar las requisiciones forzadas de cereales, pero tampoco ella era “natural”, pues con la NEP se vio que había ya una gran cantidad de “salvadores” muy bien provistos y listos para enriquecerse con la licencia estatal para hacer negocios privados.

Los bolcheviques deploraron las libertades concedidas a los mercaderes urbanos y a una minoría campesina hábil para el comercio, como un compromiso a costa del verdadero programa revolucionario. Pero mirándolo desde el punto de vista superior del proceso histórico consideraban al compromiso como totalmente correcto, pues tenían la conciencia que la etapa ahora necesaria era la de impulsar el progreso nacional con medios capitalistas. El “capitalismo de estado” de la NEP debía ser la escuela donde, mientras los negociantes hacían realidad el nuevo lema bolchevique “¡enriqueceos!”, los comunistas aprendiesen a comerciar, a llevar la contabilidad, a producir rentablemente, en una palabra a saber administrar “la economía” para un buen día poder *prescindir* de todos los capitalistas y heredarlos. La sociedad habría alcanzado ese día su nuevo estadio: el socialismo.

Por tanto, la NEP era, de cierta manera, el programa de construcción del socialismo en un solo país, y más allá de su caracterización como una política de emergencia, nacida para enfrentar la indigencia, indica que para el partido bolchevique el “socialismo”, la etapa de transición hacia la forma social más elevada del comunismo, no era otra cosa que un capitalismo en el cual las empresas del estado han reemplazado a los negociantes privados en sus funciones productivas, y donde los precios están calculados de manera que no amenacen la subsistencia de las masas populares. Este proyecto socialista tenía muy poco de antagónico con el capitalismo, ya que guardaba un grave respeto hacia todas las prestaciones que el régimen del lucro podría proveer si se le controlara como es debido, dando por sentado que mediante ese control la ganancia se podría utilizar en provecho de los trabajadores. Una premisa contradictoria con la comprensión de la necesidad de abolir

revolucionariamente el capitalismo, uno de cuyos condicionantes es precisamente la ganancia. Pero la idea que los bolcheviques se hacían del socialismo por otro lado reflejaba con exactitud la conciencia que tenían ellos mismos de haber hecho una revolución no del todo proletaria, que sólo podía tener futuro y ser realmente un paso hacia el comunismo como el preludio de una revolución mundial. Nunca excluyeron entonces que el retroceso revolucionario “necesario” en Rusia condujese a la restauración plena del régimen de la propiedad privada, y menos aún cuanto más progresaban los negocios privados al amparo de la “nueva política económica”.

De manera que la decisión de Stalin de proclamar a “la construcción del socialismo en *un solo país*” como una finalidad política expresa del poder soviético, no se sobreentendía ni mucho menos. Porque además Stalin al dar ese paso se desembarazaba de la doctrina histórico-teleológica del partido según la cual, y en el mejor de los casos, lo que en Rusia *se podría* hacer en el momento era reglamentar un capitalismo de estado. Pero el contenido definitorio de “la etapa de transición al socialismo”, implícito ya en la NEP, Stalin no lo negó nunca, y ello muy mal encaja con la libertad que se tomó para poner manos a la obra, pues si de lo que se trataba era de “sangre, sudor y lágrimas”, por lo menos podían haber sido mejor empleadas. Stalin declaró entonces por terminado en su octavo año al período de aprendizaje escolar en labores administrativas y contables que Lenin le había recomendado, y no lo hizo porque las empresas y el comercio socialistas hubiesen batido a la competencia capitalista, sino al revés: porque la dependencia en aumento del abastecimiento de la clase obrera de los comerciantes y los propietarios agrícolas amenazaba ya la subsistencia de las masas urbanas, las bases mismas del poder soviético, y porque la subordinación creciente de las propias finanzas del estado al éxito comercial de los capitalistas y a los excedentes monetarios de los campesinos ricos entorpecía cada vez más el desarrollo del área estatal de la producción. Stalin entusiasmó al partido recordándole que después de todo tenía el *poder* también sobre la economía, y que sin esperar más a los buenos resultados de la competencia económica entre el sector estatal y el sector privado, *suprimiese* el poder privado del dinero, *reemplazase* la actividad comercial capitalista por una organización estatal del comercio, y *liberase* a la construcción de una industria socialista de los límites impuestos por la recaudación fiscal. Stalin concretó así aquello que la revolución de octubre había hecho posible: la liberación de la sociedad de los condicionantes económicos del capital. Pero lo notable es que Stalin no encaró su objetivo de construir el socialismo en un solo país desde el punto de vista de esa conquistada libertad. Como aplicado alumno que había sido de la programática socialista ya incluida en la NEP, consideraba que para el poder revolucionario soviético el socialismo no era otra cosa que la meta gubernamental de prestar todos los *servicios* que el capital prestaba en cuestiones como el abastecimiento y el desarrollo, sin las trabas impuestas por la propiedad privada. Stalin definió a su proyecto como la realización de la tarea histórica de acumular riquezas y fuerzas productivas según el ejemplo de los capitalistas pero suprimiéndolos.

Después de haber usado la libertad del poder revolucionario, que mandaba sobre todas las relaciones sociales, para expropiar a los capitalistas y a los propietarios agrícolas, Stalin dispuso la elaboración de planes quinquenales de desarrollo bajo la dirección del partido que debía comandar a los trabajadores, muchos de los cuales bajo la NEP estaban sin trabajo, para cumplirlos. La idea general del plan era que una nación moderna, y en el caso de la Rusia soviética rodeada de enemigos, lo primero que necesitaba era una industria capaz de producir instalaciones y equipos industriales. Asimismo se pensaba que la estatización de la propiedad rural y su concentración en grandes unidades de producción aumentaría la productividad de la agricultura y proveería a la industria de la mano de obra necesaria.

Pero Stalin no le encomendó a la junta de planificación (GOSPLAN) hacer de ahí *un plan* de las necesidades en su conjunto, que calculase una división y una distribución óptimas del trabajo y que desarrollase una cooperación social general. Lo que Gosplan planeaba era una distribución de recursos pecuniarios, intentaba una “gestión global” fijando los precios y asignando partidas financieras a las empresas. Así, la tarea de crear una industria era cosa de ellas, y en ellas debían armonizar los medios productivos de cada una con la técnica, la capacitación del personal y el suministro de materias primas. La cooperación entre las empresas, aunque prevista, quedaba librada a la propia iniciativa de cada una

de ellas, y que debían proveer a los obreros de todo lo necesario para vivir también estaba previsto pero dependía de la distribución de los fondos asignados y del saldo de la venta de los productos. La utilización del dinero estaba sometida al dictado de obtener el excedente financiero prescrito –la remesa a repartir luego con el estado– a partir de los precios fijados para la producción y la venta de los productos. Así se concretó por vez primera en la historia la contradicción de una *planificación basada en el dinero*. Cada uno de los medios de producción que las empresas debían procurarse tenían entonces sus equivalentes en las respectivas remesas de rublos rojos destinadas para adquirirlos. Como si el reparto de dineros fiscales fuese lo mismo que repartir medios de producción. Los cuales sumados a la mano de obra, eran ya casi lo mismo que unos ingresos por ventas, asignados a generar los recursos para reponer y ampliar los fondos de las empresas y del estado. Pareciera como que las líneas generales de la planificación y la división del trabajo proyectadas por GOSPLAN y ordenadas por el estado se cumplieran automáticamente mediante el manejo de masas monetarias y la obligación a obtener ganancias.

La obra fue gigantesca, y por haber renunciado a planearla teniendo en cuenta los valores de uso debidos se vio más de una vez entorpecida por la escasez, la que se hizo sentir sobre todo en los puntos de enlace entre las empresas y cada una de las ramas industriales. Y se vio siempre facilitada porque tuvo a su favor a un “factor de la producción” que le permitió al “sistema de cálculo económico”, a pesar de todo, brindar una y otra vez los rendimientos prescritos. Ese factor fue la mano de obra y su remuneración. Quienes debían ser los beneficiarios de la construcción del socialismo fueron sus sacrificados servidores, y no siempre de su propia voluntad. Un abanico salarial de premios y castigos, que incluía a veces hasta el trabajo forzado impago, proporcionó a las empresas socialistas trabajo en la forma que justamente precisaban para poder cumplir con las metas financieras y de producción trazadas, vale decir como la compensación “debida” para suplir los medios de producción fallantes y como la variable elástica del “cálculo económico”.

Según ciertos ideólogos anticomunistas las brutalidades de la construcción socialista bajo Stalin son la prueba irreversible del “voluntarismo” típico e intrínseco de toda planificación económica. Según otros, no menos anticomunistas, pero más condescendientes, tales sacrificios eran inevitables y además necesarios para que Rusia recuperase lo que las demás naciones capitalistas habían hecho un siglo atrás: la “acumulación primitiva”. Ambos juicios no merecen perdón. Porque lo que tuvo de brutal la construcción del socialismo en un solo país se debió exclusivamente a que “la voz de mando” del plan quinquenal era *el dinero*. Por eso es que la planificación se apartaba sistemáticamente de las necesidades materiales y de la división del trabajo apropiada para cubrirlas; y por la misma causa es que la fuerza de trabajo figuraba en el “plan” como la magnitud comodín a cuyo costo, y como fuera, “resultaba” la obtención de las ganancias prescritas. Devino entonces una necesidad de presionar hasta con la violencia a la mano de obra, un hecho que los amigos del capitalismo, los fanáticos de “la presión sorda de las condiciones económicas”, muy alegres le critican a Stalin. Sobre todo en el caso de la colectivización de la agricultura, que califican como el más grande crimen del comunismo staliniano. Pues bien, la colectivización implantada con la fuerza del poder soviético nació marcada por el error de querer crear un mercado socialista agrario. No se intentó, ni a nivel nacional, ni local, una integración de los campesinos en una nueva división del trabajo técnica y territorialmente organizada en las nuevas unidades productivas porque se “confiaba” plenamente en que los pocos recursos financieros destinados a los flamantes colectivos agrícolas iban a brindar de por sí los resultados apetecidos. Naturalmente no ocurrió tal cosa, y era difícil de imaginar algo peor para desarrollar la producción agropecuaria en gran escala, aunque las estaciones de tractores hayan ayudado algo a salir del paso. De la expropiación se pasó entonces a la colectivización forzada, que como “palanca” resultó por supuesto ineficaz, porque la extorsión combinada con la penuria es la más inservible de las fuerzas productivas que se conozca, y a los curtidos muchiks rusos bien poca fue la impresión que les causó.

El “voluntarismo” de Stalin no fue el haberse decidido a crear una industria y una agricultura industrial casi de la nada, sin esperar a la “ayuda crediticia” de Roosevelt o Hitler, ni tampoco el haber conducido a los comunistas a librar “la batalla de la producción” bajo la consigna “para los comunistas todo es posible”; un eco del triunfo revolucionario, de la liberación del trabajo productivo del poder

del dinero y de la propiedad. “Voluntarista” en el peor sentido de la palabra era contar, como lo hacía Stalin y su partido, como requisito tácito de un desarrollo armónico de la producción con el manejo centralizado de masas financieras según los indicadores de una contabilidad nacional. Un programa que dicho sea de paso y para ser justos, los funcionarios de GOSPLAN elaboraron minuciosamente mucho antes que Sir J.M. Keynes. “Voluntarismo” puro, sin nada de marxismo era el recurrir nada menos que al *valor de cambio* y a sus leyes como los estimados pioneros de una producción y una distribución de valores de uso satisfactorias en todos los sentidos. La condena pericial de los economistas burgueses a Stalin por “voluntarista” tiene además la ironía que fue el mismo Stalin quien sentenció a sus adversarios por “voluntaristas”, para darle a su propio proyecto el carácter “objetivo-científico”, que cumplía con todos los términos de la ciencia económica, dado que precisamente se atenía a los criterios de la rentabilidad que enseñaba el capitalismo. Stalin negaba así de plano el principio de la libertad revolucionaria para crear nuevas relaciones de producción. ¿Cómo lo argumentaba? Pues en la forma que había aprendido a hacerlo: filosofando sobre el tema de hasta qué punto la economía socialista era o no era el cumplimiento real de determinadas leyes objetivas, que concluía con un sí arrasador:

“Las leyes de la economía política en el socialismo son leyes objetivas que reflejan la objetividad de los procesos de la vida económica, que se realizan independientemente de nuestra voluntad. Quien niega este principio básico niega en realidad a la ciencia. Pero quien niega a la ciencia niega la posibilidad de planear la vida económica”. José Stalin. Notas sobre cuestiones económicas, noviembre de 1951.

Exactamente aquello que Marx y Engels criticaban del capitalismo, la *apariencia* de la necesidad de las relaciones sociales contenidas en la producción social, que le da a la explotación la categoría de un requisito objetivo, Stalin lo declara como verdad última del modo de producción que él mismo había contribuido a crear ejerciendo el mando sobre la propiedad, los obreros y los campesinos. Teniendo en cuenta la vigencia del “principio básico” decae enormemente el interés por descifrar “científicamente” qué clase de leyes son esas que actúan incluso “a las espaldas” del partido revolucionario. Pero, como quiera que sea, se proclama como “ley fundamental del socialismo a la correspondencia incondicional de las relaciones de producción con el carácter de las fuerzas productivas”, algo carente de cualquier significado económico, pero que formula a la manera escolástica la fe bolchevique en que el programa revolucionario tan sólo era la ejecución del veredicto de la historia, mediante esta pseudo-ley Stalin enseña la voluntad sistemática de hacer de su propia actividad de comando económico una necesidad casi natural, justo ahí en todos los puntos donde no hay el menor indicio que ella actúe para generar la forma más útil y apropiada de producir. Luego viene, detrás de la ley fundamental, pero también en un lugar eminente, la ley capitalista del valor, que resucita bajo Stalin acompañada de una teoría que retrograda al valor de la mercancía fuerza de trabajo a ser un mínimo existencial definido energéticamente; casi como lo definiría la habilidad profesional de unos economistas burgueses que hubiesen dado lo mejor de sí mismos:

“Así es que entre nosotros los bienes de consumo necesarios para cubrir las erogaciones de la fuerza de trabajo (¡sic!) en el proceso de producción, se producen y se intercambian como mercancías sujetas entonces a la ley del valor. Aquí se observan los efectos de la ley del valor sobre la producción. En relación con ello en nuestras empresas cuestiones tales como el sistema de cálculo económico, la rentabilidad, el autofinanciamiento y los precios tienen un significado de gran actualidad. Por tanto nunca podemos ni debemos dejar de lado a la ley del valor”. “¿Está bien eso? No está nada mal. Dado que en nuestras circunstancias actuales este hecho no tiene nada de malo, pues educa a nuestros especialistas económicos en el espíritu de la dirección racional de las empresas, y los obliga a ser disciplinados. No tiene nada de malo que la ley del valor actúe entre nosotros, lo malo está en que nuestros economistas y planificadores, con raras excepciones, conocen muy mal a los efectos de la ley del valor, no los estudian y no saben cómo considerarlos en sus cálculos. Esto explica la confusión que todavía padecemos en la cuestión de la política de precios” (Op. cit.).

Como si esa pura expresión de la coacción que yace en el funcionamiento y en los resultados del modo de producción capitalista, la esencia de una división del trabajo *sin* plan, hubiese ganado en

validez con la abolición de la propiedad privada y la competencia capitalista. La pequeña diferencia entre “actúe” y “considerarlos” demuestra que la ley del valor es un fetiche que Stalin inventó programáticamente para las “nuevas estructuras económicas socialistas”. Pues ahora tenía la rentabilidad actuando “a escondidas” y podía proclamarla el principio rector de una “gestión racional de las empresas”, mientras los precios estaban fijos y controlados, lo que inevitablemente generaba una tremenda confusión tanto en la marcha de las empresas como en la producción social en su conjunto. Según esa “racionalidad” Stalin polemizaba contra los pocos comunistas que estaban en sus cabales: “El compañero Iaroshenko declara de plano que en su economía política del socialismo las disputas sobre el significado de ésta o aquella categoría de la economía política socialista como el valor, la mercancía, el dinero, el crédito, etc., pueden darse por terminadas *reemplazándolas* por las reflexiones razonables de una organización racional de las fuerzas productivas dentro de la producción social, es decir, por una fundamentación científica de tal organización”. José Stalin, Sobre los errores del compañero Iaroshenko, mayo de 1952.

Frente a propuestas tan sensatas como ésta de mandar al valor de cambio como pseudo-principio de la planificación al “basurero de la historia”, Stalin tenía la costumbre de acudir a Marx y Engels para “probar” que las fuerzas productivas y las relaciones de producción son dos cosas muy distintas, y que éstas últimas obedecen leyes inamovibles. Luego refutaba a Iaroshenko con argumentos de este calibre:

“El compañero Iaroshenko ha liquidado a las relaciones de producción en el socialismo como sector autónomo, en tanto que a lo poco que deja con vida lo incorpora como parte integrante de la organización de las fuerzas productivas. Se plantea entonces la siguiente pregunta: ¿El orden socialista tiene o no su propia base económica? Evidentemente el orden socialista no tiene su propia base económica dado que las relaciones de producción más o menos han desaparecido como fuerza autónoma...” “...qué cosa más cómica!”.

“Así lo que resulta del análisis del compañero Iaroshenko, en vez de una economía política marxista es algo parecido a la teoría organizativa científica general de Bogdanov”. Stalin, op. cit.

Y esto sí que está muy mal, porque Stalin aboga por un socialismo donde los productores no crean ellos mismos las relaciones sociales de producción, sino que, al igual que en el capitalismo, las dejan obrar por encima de sus cabezas como “fuerzas autónomas”. Algo antirrevolucionario cien por cien.

Hoy existen bibliotecas enteras sobre “el rol” de cada una de las categorías político-económicas del socialismo. Una prueba de lo fructífero que resultó el dogma stalinista de las leyes objetivas propias del negocio socialista de la planificación. Esta superestructura ideológica tiene su base político-económica en una Unión Soviética desestalinizada, donde la invención de Stalin de manejar una economía sin propiedad privada con el dinero y la ganancia ya dejó atrás sus rudos comienzos, cuando se fusilaba a los directores de empresas deficitarias y cuando los estímulos salariales iban desde los premios stajanovistas hasta los campos de trabajo forzados, para desarrollar un “sistema de planeamiento y dirección” complejo en todos los sentidos. *La industria* soviética la construyeron obreros, técnicos e ingenieros soviéticos dirigidos por el estado, mientras que *el modo de producción* que guió la construcción y que tanto les amargó la vida a los constructores fue la obra de Stalin. Él hizo de la crítica bolchevique del capitalismo, que tan poco tenía de rechazo al modo capitalista de producción y que a pesar de eso le destruyó sus bases, un “socialismo en *un solo país*”. Hoy esa crítica errónea del capitalismo se ha convertido en un sistema económico que disgusta, a los comunistas *cómo* funciona, a los anticomunistas *porque* funciona y a los sucesores de Stalin porque no funciona *mejor*.

2. Stalin, el inventor del culto a la personalidad: de la lucha de tendencias a las purgas sangrientas

Stalin, ni bien muerto Lenin, ordenó construir un grandioso mausoleo en su memoria –mejor que ningún demócrata lo vaya a criticar por eso, pues entre ellos el que no cree en la infalibilidad del Papa

sabe estimar la facha en colores de un político como argumento electoral–.

Pero suena raro que un partido que acabó con los zares y con todo el cachivache religioso-moral de la autocracia se haya propuesto un homenaje semejante. Está muy bien que Stalin y el partido hayan sabido apreciar la autoridad de Lenin en las cuestiones políticas. Pero una cosa es que una organización revolucionaria sepa de la segura capacidad de juicio de uno de sus miembros como para confiar en él aún allí donde no haya razones irrefutables que decidan las cosas, y otra muy distinta la exhibición permanente de un cadáver embalsamado rodeado de pompa. La intención en este caso es conseguir *lealtad*, la que entonces desplaza a la deliberación entre todos –el significado de la palabra rusa “soviet”– y coloca en su lugar a la obediencia. Y conseguirla no para el finado, al que de nada le sirve, sino para la causa por la que el difunto luchó toda su vida. Sin embargo con *esa* causa malísimo se llevan la obediencia y el mando. Pues se trata de la finalidad revolucionaria común que todo miembro del partido tiene que *hacer suya*. Y esa finalidad es de tal naturaleza que nada se gana recordando a los muertos que la compartieron en vida. Porque así no se aprende ni a criticar ni a combatir mejor al capitalismo.

Es improbable que Stalin haya pensado en convencer a la gente del comunismo con mausoleos y monumentos dedicados a Lenin o incluso a sí mismo. Pero que haya desviado una parte de los escasos materiales de construcción para semejante culto indica que el secretario general quería así *impresionar* al pueblo y a sus propios compañeros del partido. Stalin reclamaba de esa manera *el respeto* del pueblo hacia el poder, que se honra a sí mismo en esos lujosos e imponentes monumentos. Por supuesto que el respeto como tal no lo infunden los monumentos, sino el poder al que el impresionado súbdito de todos modos tiene que obedecer. Pero inclinándose ante la grandeza del personaje desaparecido se siente el consuelo que no es al poder a quien se honra sino a la gentil personalidad de quien fuera su fundador. Por tanto, la iniciativa de Stalin de declarar a Lenin objeto de un culto nacional es por su forma y contenido una especulación contrarrevolucionaria con las tradiciones de sumisión que yacen en la conciencia de todo súbdito nacional.

La adopción del principio ideológico de la lealtad hacia el jefe de la revolución sirvió como medio para disciplinar al partido, donde los monumentos jugaron un papel menor que la técnica, que no sólo Stalin dominaba, de apelar a Lenin como argumento. Pero no se trataba de la disciplina en el sentido de la virtud cardinal y necesaria para la lucha revolucionaria, basada justamente en la posición de la organización empeñada en ella, que para triunfar no debe depender de las ganas que sus miembros tengan de hacer o no las cosas. *Esta* clase de disciplina tampoco gana nada recurriendo a los ejemplos vivos o muertos. Donde el ejemplo “hace de guía” es porque se busca otra cosa, que es *la identificación* con una causa que la figura modelo personifica y que se ha hecho completamente autónoma de que se la comparta queriendo y sabiendo por qué.

De esta forma Stalin institucionalizó a la obediencia como una virtud del partido, lo que hoy, retrospectivamente, se le echa en cara como la maniobra siniestra de un sujeto calculador y sediento de poder. ¡Como si no se necesitase un partido al que por lo menos no le cayera mal la obediencia! Acusar a Stalin de ser el autor de un plan malvado es simplemente afirmar que no era la persona indicada para *mandar* al partido. Además que para el partido bolchevique –al revés que para una formación política democrática o una fascista, donde cada cual a su modo sólo reclama una *conducción* eficaz– era toda una contradicción exigir una obediencia ciega nada menos que para acabar con una sociedad como la burguesa sustentada también por la moral y el oportunismo, y reemplazarla luego con algo mejor. Una contradicción que Stalin no habría podido desarrollar nunca si ella no hubiese ya antes marcado al partido y al propio Stalin. Porque en la posición revolucionaria de los bolcheviques no se observa realmente ningún rechazo del moralismo burgués que idealiza la abnegación hacia fines no propuestos sino perseguidos como “superiores”, como valores que reclaman deberes. El partido sabía muy bien de la falsía de los ideales burgueses de igualdad, libertad y fraternidad, pero igualmente decidido era su compromiso con esos ideales pues entendía a la revolución como la empresa que debía hacerlos realidad. Y la idea de ser el ejecutor del progreso de la humanidad decidido por la historia –tal el soporte “materialista” del andamiaje idealista para arreglar el mundo– es también *per se* de naturaleza moral, porque al fin que el partido se propone y realiza lo mejor que puede, la abolición del

capitalismo, lo transfigura en un *mandato histórico* al que el partido *sirve*. De ahí que las discusiones entre los bolcheviques sobre cuestiones tácticas y políticas no se agotaban en señalar los obstáculos, identificar a los enemigos y desarrollar los métodos mejores para imponerse, sino que además estaban imbuidas por la conciencia de estar librando una lucha *justa* contra fuerzas retrógradas condenadas a sucumbir. La lucha revolucionaria la conducían según la paradójica idea que la meta era muy buena, pero que su vigencia en la práctica estaba justificada y definida por la situación histórica, es decir que su logro *dependía* de las condiciones históricas.

Según esta especie de teleologismo histórico-moral, las victorias y las derrotas del partido –de las cuales los bolcheviques por otra parte supieron aprender muchas cosas para afinar su táctica– no se quedaban en eso, sino que tenían interesantes prolongaciones ideológicas. Los éxitos “probaban” seriamente la justicia histórica de la propia causa y confirmaban la excelente capacidad de pronóstico del partido y de su dirección. Mientras que las derrotas hacían dudar que los responsables políticos hubiesen tenido en cuenta el orden del día de la historia. Era necesario entonces corregir “la evaluación” de la situación histórica o “sacar la conclusión” que se había violado la línea política totalmente correcta del partido.

Cuando Lenin condujo al partido bolchevique a la revolución no lo hizo dependiendo de la comprensión de las leyes objetivas del desarrollo histórico, ya que en los momentos decisivos a Lenin esas leyes le importaron un cuerno. Pero la revolución victoriosa hizo de los dirigentes del partido, para sus miembros, el *summum* de la ciencia histórica. La dirección personificaba a la línea política justa. Stalin, que no era tonto, tomó nota de ello.

Pero una vez en el poder muchas eran las cosas que no funcionaban bien, sin que ello se debiera a que las deducciones del partido hubiesen omitido las necesidades que la etapa histórica marcaba, sino más bien por el respeto que el partido sentía por esas disposiciones imaginarias. Los fracasos, concluía el partido, eran desviaciones del camino ya objetivamente trazado hacia la victoria. Por tanto había que ser duro con ellas, conociendo la existencia de la buena senda inexorable. Stalin pensó que eso era evidentemente así, y se propuso mantener al partido en la senda correcta como guardián del leninismo. Así en el papel de fiel continuador de Lenin creció hasta convertirse en el nuevo Lenin que el partido necesitaba y reclamaba. Aunque no era ningún genio se esforzó duramente para probar que todo lo que él consideraba como políticamente necesario para salvar y consolidar al poder soviético era *históricamente* necesario.

Por ejemplo, en vez de afirmar simplemente que el partido debía decidirse rápidamente a iniciar la construcción del socialismo en el país, se preocupaba por convencer mediante citas de Lenin, a gente a quien eso impresionaba, que según las leyes y el horario inamovible de la historia “el socialismo en *un solo país*” era *posible* incluso en la Rusia de 1926.

Otro ejemplo: a los kulaks, los campesinos ricos, se les echó encima en 1927 porque quería contrarrestar el peligro del fortalecimiento del capital y de la propiedad privada agrícola en la producción y en el comercio de alimentos, pero no movilizó al partido simplemente con esa meta, sino que se propuso ganarlo para la “teoría” que debido a los avances en la construcción del socialismo la agudización de la lucha de clases era *históricamente necesaria*. Y así suma y sigue.

A este denominado “desarrollo teórico superior del leninismo” se le nota fácilmente que no era otra cosa que una serie de ideologías preparadas “ad-hoc” para cimentar y justificar decisiones políticas. Una prueba que Stalin no carecía de un buen juicio político. Sin embargo esto no es todo. Porque Stalin además se tomó muy en serio esa forma de “demostrar la verdad”, aderezada siempre con citas irrefutables de Lenin, ya que se sabía en este punto de *la misma opinión* que su partido. Fue por esta razón, y no debido a un cálculo cínico, que Stalin perfeccionó su modo de argumentar hasta el punto que no hubo debate en el CC sobre ninguna de las cuestiones importantes que no librarse valiéndose de juegos de palabras desopilantes y de sofismas que nada tenían que ver con la situación política que era objeto de la discusión. Y si el partido siguió a Stalin no fue porque estuviese convencido de la calidad de las intrincadas deducciones del secretario general, como tampoco fue por

ellas que el partido se impuso en la sociedad y sobre las clases “atacadas y condenadas por la historia”. Ocurrió al revés: fueron los triunfos de Stalin los que, según la idea que el partido poseía de la historia, automáticamente hicieron de esas ideologías las pruebas que su autor era un profundo conocedor de todo aquello que según la realidad histórica tocaba hacer. En la persona de Stalin se unían la línea del partido con las garantías y las condiciones para que ella triunfase. El partido había hallado a su nuevo Lenin: Stalin; él era ahora “el Lenin de nuestra época”.

Con el mismo espíritu Stalin condujo la lucha contra las fracciones opositoras dentro del partido. Nunca le bastó con aclarar las diferencias, con criticar el falso radicalismo de unos y la errónea conciliación de otros. Definir claramente las dificultades que hay que superar, lograr un consenso inteligente sabiendo entre todos cuál es el camino que se ha elegido y por qué, todo eso a Stalin siempre le pareció insuficiente. Cuando trataba de ganar a la mayoría del partido para sus posiciones recurría invariablemente al moralismo histórico, conocido en el partido con el nombre de “marxismo-leninismo”. A sus opositores los caracterizaba como individuos que se apartaban del mandato revolucionario que la historia en ese momento reclamaba. Y probarlo no le era difícil. Cotejando las opiniones de los opositores que supuesta o realmente no concordaban con las de Lenin, con citas de éste último, ya había cazado *in fraganti* a los “desviados”. Así nacía la sospecha que los opositores, en realidad, no compartían los fines del partido.

Zinoviev, por ejemplo, tenía la duda que la teoría del socialismo en un solo país fuese una posición leninista, le parecía que aquello olía a “estrechez nacional”, y Stalin criticaba el, por cierto, pobre aporte político, con esta típica deducción:

“Entonces resulta que para Zinoviev reconocer la posibilidad de construir el socialismo en *un solo* país es tomar partido por la estrechez nacional, mientras que tomar partido por el internacionalismo es negarla”.

“Si esto es así, ¿vale la pena luchar para lograr la victoria sobre los elementos capitalistas de nuestra economía? ¿Acaso no se concluye que tal victoria es imposible? La argumentación de Zinoviev, según su lógica interna, *conduce a la capitulación frente a los elementos capitalistas de nuestra economía*”.

“Y a tal incoherencia, que no tiene nada en común con el leninismo, Zinoviev la presenta como internacionalista y leninista cien por cien”.

“Afirmo que Zinoviev en la cuestión decisiva de la construcción del socialismo ha dado las espaldas completamente al leninismo para descender al nivel del menchevique Sujanov”.

Una vez que el partido había decidido a su favor, para Stalin la controversia no estaba cerrada ni mucho menos, pues la fracción derrotada se había colocado al margen del progreso histórico, es decir, que había asumido “objetivamente” una posición antipartido. El dictamen era terrible porque no iba dirigido contra saboteadores o enemigos del socialismo, sino contra leninistas intachables, viejos miembros del partido que buscaban, tanto como Stalin, la única respuesta justa a las necesidades del momento histórico, y que dado el éxito de éste se veían sin razón. “La historia” daba razón a Stalin. Y el error, tanto para ellos como para Stalin, era una infracción, porque ninguno distinguía entre una concepción equivocada de la historia y una violación de las correctas posiciones del partido. El hecho que luego muchos de los viejos bolcheviques tuviesen que “confesar” públicamente sus errores para romper con las posiciones antipartido, o que fuesen considerados como enemigos y expulsados del partido pertenecía entonces a la cultura político-moral del bolchevismo que también los adversarios de Stalin compartían.

El aporte personal de Stalin fue practicar consecuentemente la dialéctica de la sospecha moral hasta su amargo fin. Como custodio fiel de la línea política justa del partido tarde o temprano tiene que habersele cruzado la idea que las disputas internas del partido de ningún modo habían alcanzado un final satisfactorio con el arrepentimiento público de los equivocados y vencidos. Con la sospecha que un compañero no compartía verdaderamente los fines del partido, nacía la legítima duda que su posterior aprobación de la línea correcta triunfante fuese sincera. Quizá era una concesión oportunista,

es decir, el germen de una nueva desviación, o peor aún, una maniobra artera para dañar subrepticamente, desde dentro, al partido. El jefe olfateaba traición por todos lados. *La doblez* se había incrustado en el partido, y entonces era moralmente imposible aceptar cualquier tipo de autocrítica, pues cuanto más completa y total era una confesión más pesaba sobre ella la sospecha de la hipocresía. Que se pudiese o no confiar en un miembro del partido ya entonces no tenía nada que ver con las diferencias políticas sobre cómo construir el socialismo. Era la personificación de la línea correcta, es decir, Stalin, quien debía asumir la ingrata tarea de juzgar según la posición de los miembros del partido *hacia él*, si la desconfianza estaba o no justificada. Aquel afán de medir la actividad del partido según la imaginada objetividad de unas leyes históricas se transformó consecuentemente en la arbitrariedad personal del individuo a quien los éxitos y el acatamiento del partido habían hecho el sabedor “genial” de esas leyes. Cada vez que meneaba el pulgar hacia abajo, el partido con primor le agregaba a la sentencia una vasta conspiración donde era el enemigo imperialista el que siempre movía los hilos. En el banquillo hubo bolcheviques que hasta creyeron en el complot, y otros que aclamaron a Stalin sin estar convencidos, para hacerle un bien, el último, al partido. El impulso decisivo para que la lucha fraccional histórico-moral condujese a las depuraciones sangrientas fue dado por el hecho que las dificultades reales de la construcción socialista no solamente no acabaron cuando el partido se colocó total y definitivamente bajo la dirección de Stalin, sino que ahí se agravaron dolorosamente. Como no se cuestionaba en absoluto la absurdidad que suponía una planificación socialista sometida al dictado de crear e incrementar unos excedentes financieros, apremiaba sacar la conclusión que si la “planeada” cooperación armónica entre las empresas y las diversas ramas industriales hacía agua por los cuatro costados, era por el sabotaje. Sus cabecillas e instigadores ya se sabía quienes eran: aquellos comunistas que en alguna oportunidad habían manifestado sus dudas de alguna doctrina como la del socialismo en *un solo* país, o la de la necesaria agudización de la lucha de clases en el período de transición al socialismo, y que, –¡vaya si era evidente!– no habían abandonado sus errores. Como esta vez ninguna confesión podía reparar los daños causados por la confianza traicionada, si no se quería pecar de inconsecuencia moral no quedaba otra salida que liquidar a los compañeros infieles. La depuración se hacía “históricamente necesaria” y frente a ella la lealtad hacia el partido era nuevamente puesta a prueba: con otra purga. Al final no se salvaron ni siquiera aquellos que jamás habían contradecido la correcta línea oficial:

“Si en el XV congreso todavía hubo que demostrar la justeza de la línea del partido contra ciertos grupos antileninistas, para barrer en el XVI congreso con los restos y los últimos representantes de esos sectores, hoy en este congreso ya no hace falta demostrar nada, y no hay nadie que deba ser derrotado. Todos han comprendido que la línea del partido ha triunfado”. (Atronadores aplausos) Informe al XVII congreso del PCUS.

Pues bien, de los 1.966 delegados al XVII congreso celebrado en 1934 que aprobaron por unanimidad la victoria de la línea de Stalin, según Krushev, en el período que va hasta el XVIII congreso de 1938 habían sido encarcelados 1.106, y de los 139 miembros electos del comité central habían sido liquidados 98.

Tampoco las masas populares se libraron de la cultura de la sospecha. Stalin se daba el lujo de exigir de gente a la cual el partido ni siquiera había intentado ganar para el comunismo que reconociese al partido y a su secretario general como los garantes indiscutibles de un avance arrollador hacia el comunismo. Así obedecía a la idea altamente moralista que el partido tenía de su propia misión histórica, asumirla era el deber más alto que podía asumir todo hombre de bien, porque además, sin que los buenos del mundo precisasen primero enterarse de nada, según “la historia” a la humanidad le tocaba ahora pasar al socialismo.

Todo el mundo tenía que ser fiel al partido y al “Lenin de nuestro tiempo” a pesar de no haberse preguntado jamás si compartía los fines de los comunistas. Aunque las pruebas de lealtad exigidas en estos casos fuesen mucho menos estrictas que con los miembros del partido, y siempre según las responsabilidades personales que estuviesen en juego frente al progreso social.

La ocasión para desarrollar entre el partido y las masas populares la identidad de un propósito

conscientemente perseguido por toda la sociedad fue asumida moralmente como una cosa “objetivamente” ya dada, y así enterrada para siempre.

Con Stalin el moralismo revolucionario bolchevique se desarrolló como la ideología de un poder estatal, sobre cuya “gradual extinción” el sucesor de Lenin no quiso seguir profetizando.

En los últimos años de su vida Stalin se dedicó a personificar la justa línea del partido en cuestiones tan alejadas de la construcción del socialismo como la teoría de la herencia y una lingüística dialéctico-materialista. No se arredó ante el ridículo porque quiso, hasta las últimas consecuencias, *dar ejemplo*. Es decir practicar el ideal burgués de una “autoridad personal” que jamás puede justificarse en la razón.

Los sucesores de Stalin hallaron que el ejemplo de Stalin no era apropiado para que su cadáver descansara junto al de Lenin en el mausoleo de la Plaza Roja. Una vez construida, la potencia mundial del socialismo ha corregido de los errores de su constructor sus extremos. El milagro económico de Stalin no precisa hoy de campos de trabajo, ni su moralismo histórico de purgas sangrientas. Y hasta les va mejor que a la fobia anticomunista sin el fantasma de Stalin.

3. Stalin, el abuelo del eurocomunismo: del rechazo del nacionalismo a la política del frente nacional y popular

En el año 1943 Stalin decidió disolver la Internacional Comunista, la unión mundial de partidos revolucionarios fundada por Lenin. Por lo menos así liquidó una de las contradicciones políticas heredadas del viejo dirigente del partido, en un sentido anticomunista, desde luego. Ningún demócrata se lo agradeció jamás. Porque nunca se lo creyeron. El rechazo claro y expreso de Stalin al proyecto revolucionario mundial fue siempre para el mundo capitalista una “jugada táctica”; que bien puede entonces pasar a la historia como la artimaña más inútil de nuestra época. Queda amenazante el “bloque soviético”, el resultado de la marcha victoriosa del Ejército Rojo durante la segunda guerra mundial, como el documento irrefutable, pero único, del expansionismo revolucionario de Stalin. Esta “evidencia” es, en lo que toca a la política de Stalin un intencionado equívoco, con el cual sus autores exponen la porfiada voluntad del mundo capitalista de tratar a la Unión Soviética como *la perturbación en sí* del orden político mundial *debido*.

La idea central de la Internacional Comunista era que el enemigo nato del comunismo era el estado nacional burgués; gobernarán quienes gobernasen, fuesen éstos conservadores o socialistas. La I.C. tenía la certeza que sólo se podía doblar la expansión imperialista característica de esos estados desde su interior, mediante la acción revolucionaria de una clase obrera que supiera que la realización de los intereses nacionales del poder político significaba su propio perjuicio. Unos intereses nacionales que la guerra fortalecía en el vencedor y radicalizaba en el vencido, en busca de la revancha.

Era entonces razonable que los bolcheviques fomentaran la alianza mundial de partidos revolucionarios. En tanto los estados imperialistas continuasen intactos peligraba el propio poder soviético. “Ahogar a la revolución en su cascarón”, no era sólo una frase de Churchill, sino la estrategia imperialista de intervención y bloqueo vigente contra la Rusia de los soviets.

Los partidos extranjeros aliados de los bolcheviques sabían por su parte que la revolución rusa era la primera victoria de la propia causa, y les interesaba entonces consolidarla.

El propósito común era ni más ni menos la revolución mundial. Los comunistas no lograron conseguir rápidamente nuevos triunfos revolucionarios en otros países. Un hecho que dado el fin propuesto no era nada más que un traspie y punto. Aparte que las derrotas no son razones. Quizá eran hasta necesarias, por los errores cometidos. Pues entonces se les corrige y se vuelve a intentar, mientras se siga tras el mismo fin, y con vida.

Pero Stalin y el partido bolchevique no veían las cosas así de simples. A su propio éxito revolucionario lo consideraban *ejemplar*. Pero no en lo que se refiere a cuestiones prácticas sobre cómo convencer a campesinos en uniforme de soldado, cansados de la guerra y empobrecidos, sino ejemplar en un sentido más profundo y principista. A Lenin el partido le contaba como “genial” que hubiese dado con el momento, el día, y la hora justas para la revolución, es decir que había sabido dar con la constelación de condiciones que *hacen posible* que una revolución triunfe. Ese era el ejemplo del cual tenían que aprender los comunistas de otros países, pues las derrotas que habían sufrido “probaban” que les faltaba esa especie de “instinto revolucionario de lo posible”.

En esta manera de “explicar” victorias y derrotas hay un malabarismo muy raro con la lógica, más exactamente con la categoría de lo posible. La situación política dada es objeto de un aparente análisis donde lo que menos importa es hallar los puntos de inserción para intervenir con eficacia. Porque la reflexión sobre “lo posible”, “lo realizable”, gira alrededor de la idea vacía de una *relación de dependencia*. Justamente a la situación que el partido revolucionario quiere dar vuelta a su favor se la designa como la condición de la que depende *la posibilidad* de tener éxito. Al final aparece “la situación” en la cual la revolución triunfa, o fracasa, como *la causa* de la victoria o de la derrota. Este error lógico puede ser insignificante en el caso que los comunistas consideren durante la lucha que “la situación” es “revolucionaria”, y como Lenin, tomen todos los recaudos necesarios para *hacer* la revolución. Prácticamente desaparece así la idea de actuar en dependencia de las condiciones ya prestablecidas para el éxito. Pero como “explicación” de las derrotas, este error lógico es fatal, porque lo que sale de él como verdad última y definitiva es que “no se podía”, ya que “la situación no daba”. Esta conclusión se puede acompañar con todos los comprobantes que se quiera, porque hace de cada una de las dificultades *imposibilidades*. Para algunos una manera de consolarse, inútil para comunistas derrotados. En “el fondo” de la lección histórica queda el comedido aviso que el error estaba en el propósito que se perseguía. *La intención* revolucionaria es entonces el objeto de una crítica funestamente oportunista que afirma, cuando un intento revolucionario fracasa, que no se debió a la debilidad o a los errores de los revolucionarios o a la fortaleza del enemigo, sino a que la empresa en sí era “demasiado revolucionaria”.

Los bolcheviques sabían manejar muy bien esa idea de adaptarse a los “hechos reales”, aunque ellos mismos no hayan sometido su actividad revolucionaria a “las circunstancias objetivas”. Pero la genial teoría de atrapar a la situación revolucionaria en su momento más propicio les había dado resultado, y orgullosos por la victoria le agregaron la idea que habían actuado según todos los supuestos pronósticos de Marx y Engels, cumpliendo así con una misión histórica. Este empirismo revolucionario tenía que llevar indefectiblemente a justificar la posición antirrevolucionaria por excelencia: *el oportunismo político*, que comenzó a impregnar cada vez más la línea de la Internacional Comunista. Aunque Lenin, sin abandonar el “realismo experimental”, haya realizado críticas muy acertadas hacia la política de los comunistas de otros países, como la dirigida contra las veleidades revolucionarias de ciertos izquierdistas, recordándoles que primero es necesario que sepan librar la lucha que pretenden ganar, antes de por puro entusiasmo darla ya por ganada. Pero Stalin se aferró estrictamente a las “lecciones de la historia” y se limitó a aconsejar a los comunistas de todos los países que siempre las tuviesen en cuenta. Según el consejo cada derrota sufrida por la revolución “probaba” que los comunistas no habían dirigido su política hacia la meta de lo posible, desestimando la naturaleza de las tareas que la etapa señalaba; justamente no era la revolución lo que tenían por delante.

Y, entonces ¿qué? Stalin ya tenía preparada la respuesta “justa” para la “nueva etapa”. La revolución que todos los comunistas deseaban había triunfado en Rusia. Para los comunistas que no habían conseguido imponerse en sus propios países existía una tarea que pese a ello seguía estando a su alcance, más modesta que la liquidación del imperialismo mediante una revolución mundial, pero igualmente internacionalista y antimperialista: la lucha contra el antisovietismo del mundo capitalista. El fin de asegurar la construcción del socialismo en la Rusia soviética, la razón de los bolcheviques para querer el triunfo revolucionario en otros países, debía ser ahora la meta de los comunistas de todos los países. Para lograrla ya no se necesitaba atrapar a ninguna situación revolucionaria en su momento

justo. Hacer la revolución quedaba prácticamente suspendida como una actividad de los comunistas, pues para frustrar las aventuras antisoviéticas de un gobierno imperialista no era el recurso indicado desatar una insurrección.

Quienes primero tuvieron que entrar en razón fueron justamente esos partidos que se preparaban para actuar en una situación que consideraban revolucionaria. Los planes de los comunistas alemanes fueron problematizados y manejados de tal modo por la I.C. que acabaron en 1923 en un desbarajuste total. Al Partido Comunista chino Stalin le aconsejó la colaboración con el partido nacionalista de Chiang-kai Shek, hasta que éste pudo pasar tranquilamente a la ofensiva contra los comunistas, a *continuación*, vale decir en el peor de los momentos, Stalin recomendó probar con una insurrección, que acabó en una masacre de comunistas. Un enemigo declarado del comunismo no podía haber hecho mejor las cosas. En todo caso Stalin y su partido veían confirmada con esos desastres la propia “evaluación histórica” que hacían sobre las posibilidades revolucionarias fuera de la Rusia soviética.

En cuanto a la meta más modesta que Stalin les había dictado a los partidos comunistas, la de luchar por conseguir que los estados burgueses mantuvieran buenas relaciones con la Rusia soviética, tampoco pudieron los partidos encargados cumplirla satisfactoriamente. Y no fue tanto por las circunstancias contra las que tenían que luchar sino sobre todo debido a las contradicciones de la meta en sí. Porque los partidos comunistas habían nacido teniendo que romper con la Internacional Socialdemócrata, la agencia multinacional del patriotismo, para poder asumir posiciones internacionalistas, contrarias a toda política exterior nacional, y de rechazo hacia la colaboración de clases bajo el “hogar común” de un estado nacional. Y ahora debían luchar para que nada menos que su enemigo, su propio gobierno nacional, estableciese relaciones pacíficas y cordiales con la Rusia soviética. En consecuencia debían abandonar todas sus ambiciones revolucionarias y entrar en el juego político democrático procurando ganar a los socialistas y socialdemócratas como aliados de la empresa. Este giro causó una enorme sorpresa en la base comunista y no impresionó como se esperaba que lo hiciera a ningún socialdemócrata o burgués progresista. El nuevo “disfraz” de los comunistas no los hizo sus socios. Y ojalá hubiese sido sólo un disfraz. Porque lo que los comunistas prosoviéticos hicieron entonces para ganarse a sus nuevos “aliados” fueron obras maestras de renunciamento político. Mezclados en la política burguesa ofertando alianzas y acuerdos sin cesar los comunistas dejaron de practicar su antagonismo con el resto de los partidos y lo suplantaron por los antagonismos existentes entre los demás partidos y fracciones *dentro* del campo anticomunista, dejándoles a sus enemigos la iniciativa para que subrayasen su anticomunismo cuando mejor les convenía. Querían ser oportunistas y despertaban en todos sus “aliados” la sospecha que su oportunismo no era sincero. Buscaban adaptarse a toda costa, pero no podían mantener una línea de adaptación consecuente, porque de pronto Stalin les volvió a indicar a la socialdemocracia como “enemigo principal”, como si el problema de los comunistas en el capitalismo fuese entonces el problema que tenía Stalin de ajustar cuentas con la fracción del partido opuesta a la construcción del “socialismo en *un solo* país”. Con el triunfo de Hitler, Stalin ordenó a la Internacional Comunista que no había en el mundo otro antagonismo más que aquél entre la democracia y el fascismo. En Francia hubo ministros comunistas encargados de restablecer el orden público deteriorado por huelguistas que habían confundido la participación comunista en el gobierno con el comienzo del fin del estado burgués. ¿Y en España? Allí, según Stalin, los comunistas para lo único que servían era para que se desangrasen por la diferencia entre el fascismo y una “república de trabajadores de todas las clases sociales” donde estaba terminantemente prohibido una transición al socialismo.

Mientras tanto Stalin, como estadista soviético, ya actuaba en el campo exclusivo de *la política exterior*, para realizar allí la meta de mejorar las relaciones con los demás estados, la misma meta que había encomendado a los comunistas para lo único que servían era para miento diplomático de las grandes potencias y paulatinamente lo fue obteniendo. También logró convencer a unos pocos millonarios para que hicieran negocios con el poder soviético. Pero sobre todo se dedicó a proponer pactos de no agresión, tratando de obtener garantías diplomáticas de paz por parte de los estados imperialistas. Al margen de la competencia interimperialista intentó “mediar” en ella e hizo a la Unión Soviética miembro de la organización precursora de la ONU: la Sociedad de las Naciones. Sin embargo

los interlocutores imperialistas le informaron a Stalin que si deseaba sinceramente que la URSS entrara a competir en un pie de igualdad con los demás estados debía respetar las reglas del juego internacionales vigentes. Una agencia internacional de la subversión como la Internacional Comunista, que residía en Moscú y tenía en su programa la solidaridad internacional de todos los enemigos del estado burgués, era una flagrante violación del derecho internacional. Y se lo recordaron a Stalin más de una vez clausurando sedes diplomáticas soviéticas.

La segunda guerra mundial hizo del pueblo y el estado soviético las víctimas principales del insatisfecho imperialismo alemán. Pero veinte millones de muertos nunca fueron para Stalin la prueba del fracaso estrepitoso de su política exterior como “mediador” que terminara en querer congraciarse hasta con Hitler. Ni menos el resultado de haber suprimido como “factor” de la política soviética a la revolución mundial, la única garantía verdadera, según los fundadores de la Internacional Comunista, para la supervivencia del “socialismo en un solo país”. Para Stalin la agresión fascista fue la oportunidad de sellar una alianza militar antifascista con las democracias, y hacer de esa alianza el punto de partida para que el estado soviético ingresara en la comunidad internacional como miembro con plenos derechos. El mandato de Stalin hacia todos los comunistas del mundo fue entonces que se subordinaran a cualquier clase de frente antifascista, que postergasen definitivamente la revolución y que fuesen mejores patriotas y demócratas que nadie. La Internacional Comunista se convirtió así en un anacronismo total. A las democracias aliadas de la URSS la Internacional Comunista les molestaba como alianza de partidos opositores. A Stalin, que quería llevarse bien a toda costa con sus aliados, entonces también le molestaba. A los partidos comunistas que estaban ya integrados en los frentes nacionales antifascistas, o ansiosos por hacerlo, el internacionalismo y la lealtad hacia el poder soviético que la Internacional Comunista aún simbolizaba también les molestaba. Por tanto la liquidación de la Internacional Comunista había madurado tanto como la victoria del patriotismo en los partidos de la hoz y el martillo. Cuando los aliados anticomunistas se tomaron la libertad de romper la alianza con los comunistas a ese patriotismo no le quedaba otra opción que sincerarse. Ese momento llegó cuando terminó, con la guerra, la alianza obligada entre la Unión Soviética y las democracias imperialistas. La iniciativa quedaba una vez más en manos de los enemigos del comunismo. A Stalin no le quedó sino defenderse con los medios de una gran potencia militar. Su último rechazo al proyecto revolucionario mundial fue la creación de un *bloque soviético*.

Igual, las grandes potencias imperialistas no se lo perdonaron. Como no le hubiesen perdonado a la Internacional de los comunistas una revolución mundial. Con la diferencia que entonces ellas ya no existirían.

V. El sistema soviético y la democracia: una comparación de sistemas.

El pueblo soviético, pese a la perestroika y glasnost, sigue careciendo del alimento cívico-cultural que naturalmente consume todo gran pueblo acostumbrado a la democracia. Las grandes cuestiones que forman la cultura política popular occidental en la URSS quedan sin responder, o peor aún, ni siquiera se plantean.

Por ejemplo, ¿qué hace Gorbachov en su tiempo libre?; cuando Shevardnadze está en la ONU, ¿con quién sale su mujer?; ¿sabe cocinar el mariscal Ajromeiev?, ¿y que le apetece?; ¿cómo festeja Raissa el cumpleaños de sus nietos?, etc.

Al pueblo soviético no le queda más remedio que resignarse tristemente al *ignoramus* que le impone el desinterés de los medios de información soviéticos en tales cuestiones. Aunque también puede escuchar la voz de la CIA, Radio Liberty, y añorar alegremente la curiosidad de los pueblos democráticos, plenamente satisfecha por unos medios de comunicación manejados por sujetos expertos en la indagación lacayuna de las intimidaciones de los poderosos de este mundo.

La lectura de la biografía oficial de cualquier miembro del buró político también decepciona: nada dice de su estado civil ni del número de sus descendientes, limitándose a las referencias someras de una típica carrera de funcionario.

Pero aún cuestiones más graves, altamente políticas, quedan ante la opinión pública soviética sin responder. Por ejemplo: ¿qué coalición llevó al poder a Gorbachov?; ¿conserva su influencia Gromiko?; ¿qué urdía Eltsin contra Gorbachov?; ¿cuántos secretarios del C.C. apoyan al nuevo ministro de defensa?

Ningún órgano periodístico soviético rastrea minuciosamente las tendencias y las coyunturas políticas de la competencia por el poder, ni publica las opiniones encontradas en la reunión del gabinete, ni describe la terrible soledad de quienes mandan. Menos aún destapa escándalos o comprueba el incumplimiento de unas promesas electorales. Omisiones todas que desde el extranjero deben reparar los muchachos de “Time”, “Newsweek”, “Der Spiegel” o “Cambio 16”. Tampoco la TV soviética es capaz de entretener a su público haciendo una trama novelesca de la rivalidad entre los candidatos del buró político. Atracciones de alto valor educativo y emocional como la tragedia política de Gary Hart son disfrutes vedados totalmente a los televidentes soviéticos.

Por último, cuestiones esenciales, interesantísimas, donde la libertad raya a gran altura, como: ¿Alcanzará la disidencia con Sajarov a la cabeza, un asiento en el soviet supremo?; ¿cuántos escaños conseguirá el Partido Nacionalista Ucraniano?; ¿y cuántos la Convergencia Islámica Unida?; ¿ganará Gromiko en su ciudad natal?; ¿hasta qué punto es probable la no reelección directa de Gorbachov?, ni se le plantean al hombre soviético. No existe en la URSS ningún interés estatal en ventilar el problema de cómo las diversas preclaras figuras de la élite gobernante le caen de simpáticas al pueblo gobernado, y menos de hacerlo en la forma del test clásico comicial, cuyo resultado a veces agiliza la rotación del personal que dirige las altas instituciones del poder. Ningún político soviético tiene la oportunidad, ni la preocupación, de levantar el entusiasmo electoral del pueblo con la proclama de batir a la competencia política, los gilipollas del otro partido, y de mantenerlo hasta la estimación de los ordenadores escrutados el 90% de los votos emitidos. Ningún elector puede darse por satisfecho por contribuir con su millonésima y secreta partícula a mantener la espectáculo. En consecuencia, en el bloque soviético la “verdadera” decisión de las urnas, contra el partido único claro está, queda reservada, lamentablemente sólo en teoría, al juicio certero de las democracias occidentales.

Pero también la URSS y sus satélites poseen la institución democrática del comicio, también gozan de una cultura cívica y de la existencia de personalidades políticas. Que con tales dotes, comparadas con la opinión pública libre y el sistema pluripartidista occidental, los estados comunistas salgan tan mal parados como lo repite día y noche la acostumbrada condena occidental de los “regímenes injustos”, y de sus “parodias electorales” fabricadas por una burocracia dominante incapaz, adicta confesa al culto a la personalidad, todo eso vale la pena comprobarlo.

1. El culto a la personalidad, una cuestión de buen gusto y pluralista, y el respeto impersonal al poder

Cuando el ciudadano soviético se le convoca a *elegir* su soviet supremo se le exime del cínico embeleo que con el sufragio el *poder estatal* se deposita en sus manos. En la franja democrática del planeta vigilada por la OTAN, el derecho humano personalísimo de decidir cuál de los tres o cuatro competidores por el poder debe ocupar un cargo que como tal es incuestionable, prospera no porque el elector tenga algo que decidir cuando elige, y menos porque al hacerlo estén en juego sus intereses. La profunda devoción hacia ese derecho democrático fundamental proviene de la mentira de que el elector, “de alguna manera”, manejaría los propósitos que definen a las instituciones electivas del estado, en tanto que con la papeleta electoral se le concede juzgar sobre la dignidad para el cargo, de los diversos aspirantes a ejercerlo. Falsedad que también se desmiente muy luego con el recuento de votos, porque si resulta que ganó quien “no debía” el derecho a elecciones libres sigue intacto porque

también quien “debería”, *podría haber ganado*.

Una campaña electoral en la URSS, comparada con una en Occidente, luce como un homenaje nacional a la sinceridad, ya que consiste casi puramente en una polémica contra la ilusión del votante que del cubrir los cargos oficiales con tal o cual político, de uno u otro partido, y de su contribución, con el voto, a las miles de casualidades y arbitrariedades que determinan el resultado de la competencia electoral, dependa vaya uno a saber qué. Entonces, en la URSS, el acto de delegar el poder, lógica y normalmente público, el nombramiento de un candidato para una cámara o consejo, *debe* ser el punto final de un proceso de discusión entre el pueblo y el partido, siempre vuelto a poner en práctica, en el que ambas partes elaboren acuerdos sobre las “tareas sociales”, las necesidades y proyectos económicos y sus marcos políticos.

El partido, como queriendo probar que no tiene interés alguno en la confianza ciega del pueblo, ni menos en su indiferencia, convoca a los electores a los mitines, registra orgulloso el número de participantes, de cuantos hacen uso de la palabra, de sus críticas y de sus propuestas. Algo que en el reino de la libertad sólo figura bajo la rúbrica de “cartas de los lectores”, o de política de café sin ningún género de consecuencias, o como la cultura del pataleo, ese muestrario de idioteces de la conciencia cívica, apegada a votar otro la próxima vez, en los dominios del KGB y del partido único leninista se practica de manera entusiasta, y se le hace casi un deber al elector el quejarse. Es que precisamente nadie *debe* hacerse la ilusión, sobre el acto electoral en sí, de que *porque* el candidato de su preferencia haya resultado diputado, o porque siquiera tenga la posibilidad de serlo, sus propios deseos estarían en buenas manos. Naturalmente que tampoco así tiene lugar una competencia entre diferentes *programas* de gobierno. Pero, ¿y qué?

¿Acaso la soberana indiferencia de unas elecciones democráticas hacia todos los motivos del elector para votar o no hacerlo, no desacredita cualquier razonamiento, cualquier reserva, cualquier comparación bien meditada con la cual votantes informados o desinformados, astutos o ingenuos, comprometidos o pasotas, puedan haber acompañado sus decisiones?

¿Y no es esta ley general de la libertad electoral democrática la guía de todo partido político moderno que compite por el poder en el mundo libre?

Tanto lo es que ninguna formación política responsable aburre a su clientela electoral con reflexiones detalladas de alternativas legislativas, o la “atormenta” con la exigencia de argumentar lo que piensa de ellas. Porque los partidos ganan “imagen” y confianza mediante una variada e imbécil fraseología interpretatoria de un mismo acontecer político: “por la consolidación de la democracia”, “Libertad, en vez de socialismo”, “Una mayoría por el cambio”; y *ese* manjar, ¡qué maldición!, el poder soviético se lo tiene vedado a sus súbditos.

Si un orador, en un mitin electoral en la URSS, afirmase que “viene a asumir sus responsabilidades como cristiano”, o “su compromiso con los más desfavorecidos”, o a “reclamar la herencia liberal”, se lamentaría, con justicia, por su salud mental. *El* tema electoral en la Unión Soviética es el plan: el conocido programa estatal para mejorar el bienestar del hombre soviético, y se habla de “cumplir y sobrepasar sus objetivos”, se critica lo incumplido, la incuria y la desidia en la producción y el abastecimiento; pequeñeces, para un ciudadano libre con derecho a ser humano acostumbrado a reglar todo lo que hace a su “nivel de vida”, con plena libertad, con el jefe de personal de “su” empresa, con “su” banco a fin de mes, y con la lista de precios del “Corte Inglés” cada vez que compra.

En el debate de tales cuestiones parciales y puramente materiales claro que ningún político puede ganar catadura de prócer, y menos puede probar su capacidad de sugestión, cualidad característica de todo gran pescador de votos. Esta cualidad se basa en la superstición popular que tiene a la *conducción* como un *arte*, y al gobernar como la expresión de una habilidad personalísima; esto es, que características individuales hacen la capacidad, sobre la que a su vez reposa el derecho, para mandar sobre otros hombres. Esa *creencia no podría confirmarse* si las obras del poder político debieran probarse nada menos que en la provisión segura y abundante de todo lo que se necesita para vivir

holgadamente, y por lo tanto se funda simplemente en la voluntad del súbdito democrático a *dejarse engañar*, a través de la familiaridad que tiene con el poder quien lo posee, tanto acerca del poder, como acerca de los mandatarios y aspirantes a serlo. Un ciudadano maduro *no juzga* entonces al poder que acata sino que lo *admira*, también de manera crítica, adjudicándole a quien manda el criterio absurdo que la fuerza política del cargo que ejerce *tendría, en realidad*, que justificarse a partir de su personalidad.

En la democracia la satisfacción defectuosa de un tal reclamo se puede, sin sobresaltos, lamentar, primero, porque testimonia un profundo respeto hacia las instituciones, y segundo, porque es seguro que le vendrá bien a otro pretendiente a dirigirlas, cuya soberbia quizá encaja mejor con el gusto particular del quejoso.

Y alguien que ha madurado hasta cultivar semejante *culto a la personalidad* como una fe principista, ¿para qué va a precisar ideas claras sobre el contenido de los negocios y las instituciones políticas? ¿Y para qué va a examinar los actos de los estadistas que como ciudadano le afectan? Lo que su fe necesita, para no decaer, es la mentira de la “personalidad señera”, que el mismo candidato fabrica con su aire de suficiencia: “tenéis ante vosotros al futuro Presidente de los Estados Unidos...”, ilustrada y aliñada con familia intacta, viajes, sociales, y sobre todo, hora por hora con la eminente jeta en la TV.

El hombre soviético, impedido como está de asistir y participar en ese circo, tal vez no sospecha lo que se pierde, porque además ni se imagina la inmundicia que destila una entrevista con un político democrático y una campaña electoral en cualquier gran democracia occidental. El está habituado a funcionarios mediocres y grises, en los que los coloridos periodistas occidentales siempre observan que les falta esa grandeza personal y ese encanto nacido de la desenvoltura, esto es, de la *arrogancia del poder* hecha acostumbrada actitud. Es que ¿de dónde la van a sacar? Si los hitos de la carrera de un funcionario soviético son éxitos en el cumplimiento de los objetivos del plan, en la eliminación de dificultades en el abastecimiento y en la lucha contra los abusos de la propiedad estatal, y no logros en conseguir una mayoría democrática. Una vez que ocupa un alto cargo su vida privada permanece, para la opinión pública, tan poco interesante como antes. Ni hijos modelo, ni mujer a su altura, ni siquiera un democrático baño de masas entre el entusiasmo de sus adeptos, nada aparece para sustentar la mentira que el poder del estado ha encontrado en su más alto dignatario al más simpático de los administradores, de quien se puede confiar que lo ejerza bien, porque lo conoce mejor. Las obras que se les atribuyen oficialmente a los jefes del Politburó resultan tan impersonales como sus capacidades: “fidelidad a los principios del leninismo”, “luchador infatigable por la paz y el comunismo”, “patriota ardiente”, cumplió tales cometidos, ganóse tales condecoraciones...

Pero jamás: “y por sobre todas las cosas padre ejemplar, abuelo excelente y hombre de bien”; como tampoco alguna anécdota personal, ni siquiera algo “humano” para calmar la calentura febril del sumiso súbdito democrático por sentirse cercano a los poderosos. El discurso de homenaje sobre la tumba de Chernienko y la presentación del nuevo secretario general llevan el mismo rótulo; ¿y qué? Para el cargo en el que se suceden, lo mismo da. Hasta en el reparto de honores a sus dignatarios el partido procede como si quisiera protegerlos del juicio póstumo de que aún en lo más recóndito de su ser eran la personificación acabada de una necesidad social.

Muy poco excitante resulta entonces también el derrumbe de una carrera política en el bloque soviético. Como jalones de la caída se registran errores en el “desarrollo avasallador del socialismo hacia realizaciones cada vez más grandiosas”, que van desde la mala organización de una cosecha de trigo hasta fallas de planeamiento en la construcción de un combinado industrial, y que se atribuyen al partido y a los órganos de control popular. Si la cosa es bastante grande, por ejemplo una cosecha perdida de la que no se puede culpar al tiempo, *eso* le cuesta el puesto a un secretario del C.C. Y si se comprueba la actividad delictiva de un ministro, no pierde sólo el cargo, sino también la vida. Claro que una tal sanción priva también de autosatisfacción a un elector democrático, que suele penar el enriquecimiento ilícito de su político preferido no volviéndolo a votar. El hombre soviético carece de ese derecho humano, pero ¿le hace falta? ¿Hace realmente la vida digna la competencia de los partidos

por el poder? Una competencia que sólo admite como errores el jactar mal la moral, la vecindad al ciudadano, y la capacidad de conducción, los elementos para que luego el votante “decida”. Que no se convoque al buen gusto para elegir al hipócrita más convincente de los candidatos, el más diestro en manejar el recurso esencial de toda intriga por el poder: *la virtud de inspirar confianza*, ¿es la peor de las opresiones?

2. “La responsabilidad política”, como el despacho de condicionantes objetivos, y como servicio al pueblo

“La responsabilidad de la función pública”, también en el bloque soviético, es una carga de agobio menor que la dignidad de un ciudadano común, que además de votar debe acudir diariamente a sus quehaceres. De modo que el trabajo de gobernar, aquí y allá, no ha peligrado ni peligrará por la escasez de personal para realizarlo. Sin embargo en el mundo socialista la responsabilidad política tiene un contenido diferente a la que posee en el bloque occidental, y no debido a la moral de quienes la asumen, que difiere tanto como lo exige, en uno y otro bloque, el ejercicio de la profesión.

Por ejemplo, responsables de la construcción de un cierto número de viviendas en un lapso de tiempo determinado, se declaran en ambos sistemas los ministros del ramo, pero ahí se acaba la similitud.

En la Unión Soviética un propósito semejante, trazado en el plan general del estado, debe cumplirse en las metas parciales de los planes sobre materiales de construcción, transportes, etc., lo que hace necesario coordinar la actividad de todas las empresas participantes, y estimular a sus trabajadores para cumplir con los plazos y los volúmenes de entrega. Estas tareas requieren algo más que buenas aptitudes organizativas, porque en su cumplimiento hay que hacer frente a una contradicción inconfesada. Ella consiste en que el plan estatal compromete a las empresas en juego, por un lado, a cubrir adecuadamente las necesidades de viviendas que él ha fijado, y por lo otro, a la obtención de ganancias. De manera que el plan no opera simplemente con las obras a realizar, sino también con los precios que les fija, y a las necesidades reales a satisfacer le añade un “poder de compra”, generado, y limitado, mediante la remesa de fondos financieros estatales. De manera que en la producción ya no cuenta sólo el producto, sino también *el saldo*, cuanto más grande mejor, entre los ingresos de las empresas y sus gastos financieros de explotación, saldo que a su vez retorna, como masa financiera, a disposición de los organismos del plan. El interés de cubrir con unos esfuerzos unas necesidades se transforma en una serie de contradicciones: entre las necesidades y los recursos financieros; entre el comitente que paga y las empresas que pasan la factura; entre el deber a optimizar la calidad de los productos de las empresas, y el deber a ahorrar en las más diversas “fuentes” financieras; entre el interés de las empresas en fuentes financieras lo mejor dotadas posible, para estimular el rendimiento de la dirección y la plantilla, y el interés del estado en utilizar lo más posible esas fuentes para cubrir las necesidades financieras de sus organismos de planificación.

Que *el dinero* es una invención genial del género humano para armonizar a la maravilla las necesidades sociales con la producción de bienes, lo predica todo profesor burgués de economía, y aquél que eso crea tiene la oportunidad, en la política económica soviética, de corregirse. Porque ella no es precisamente una planificación comunista de la economía, sino la puesta en práctica de esa mentira: que mediante “la palanca económica dinero”, nada menos que la planificación y la distribución funcionan mejor.

Un ministro occidental de la vivienda no tiene que vérselas con antagonismos parecidos, porque como político serio que es no se toma en serio la necesidad real de viviendas. El va al grano, y parte de *la situación del mercado de la vivienda*. Nuestro ministro además asume con gran aplomo que lo normal es que toda necesidad debe medirse en su capacidad de pago, y en el caso de las necesidades de vivienda también en el cálculo y el interés comercial de las empresas constructoras. El profesa un fiel respeto por la *verdadera* función y la finalidad del dinero: la de servir al incremento de la propiedad

privada empleada en los negocios subordinando a ello las necesidades de la gente. Por lo demás, esas leyes “objetivas” del mercado de la vivienda, (los afamados condicionantes) según los altos agentes del poder estatal, escapan a su jurisdicción ministerial, lo que sella su impotencia frente al aprovechamiento lucrativo “abusivo” de la miseria habitacional. Una mentira digna y beneficiosa para un ministro democrático. Mentira porque quién, si no el estado, impone las relaciones jurídicas de la propiedad privada del suelo y consume así el despojo del que nada posee; y quién si no el estado, crea el medio económico para sacar provecho de esas relaciones, certifica su validez, vigila sus funciones y castiga toda transgresión hacia él.

La fuerza del estado deja obrar a las relaciones sociales que ella ha impuesto y sostiene. Propiedad del suelo y alquiler, capital monetario e industria de la construcción, demanda habitacional y escasez de dinero, actúan, y entonces el estado se refiere al *resultado*: la falta de viviendas que la gente *pueda pagar*, como un problema exclusivo de esa gente, cosas que la vida misma (en libertad) trae consigo...

Pero los ministros “ayudan”; en tanto el mismo aprovechamiento del pueblo trabajador esté amenazado. Reparticiones oficiales organizan la distribución de viviendas mediante subsidios al negocio habitacional con dineros fiscales, es decir, de todos, para que algunos propietarios puedan cobrar el alquiler que quien alquila no puede pagar, o realizan por cuenta oficial proyectos poco rentables para el capital privado.

Como un político democrático no es, ni se declara, responsable por las necesidades habitacionales insatisfechas en el mercado de la vivienda, tanto más afirma su responsabilidad por *la mejoría* de esa situación, entonces se vuelve hasta respetuoso de las “críticas” a su gestión, que precisamente lamentan que haya hecho “poco”, o gastado “mucho”, en las mejoras. El perdón, por lo general no se le niega. Porque para perdonar tales faltas menos interesa la persistente miseria habitacional que la credibilidad personal de la mentira que, al frente de su ministerio, no ha hecho ni poco ni mucho, sino lo que ha podido. Y mientras los damnificados por los “condicionantes reales” del mercado de la vivienda, crean en ellos y los soporten sin chistar, ¿qué problemas puede tener un político democrático occidental con su responsabilidad, alegremente asumida, por la construcción de viviendas? Su colega soviético no puede decir lo mismo, ya que su actividad directiva y planificadora le impone trajines peores que el licitar la competencia entre empresas constructoras y atender pedidos de subsidios. Un ministro soviético de la vivienda no puede jugar al escondite, con los resultados de su política, tras “los condicionantes objetivos del mercado de la vivienda” que escapan a su jurisdicción, y cuando mucho puede culpar a otras reparticiones públicas, que a su vez le devuelven la pelota. Y que su responsabilidad por el abastecimiento habitacional de la población no es sólo una frase se observa en *el precio* que por asumirla paga. Ahí está precisamente su mala suerte, como ministro, comparada con la de su colega occidental, que cobra muy bien la agradable faena de gobernar en y para una economía de mercado.

Algo similar pasa con las “responsabilidades” por el crecimiento económico, el pleno empleo, los ingresos de los campesinos, la educación, etc.

Cuando tanto políticos occidentales como soviéticos afirman que todos los requisitos, reales o ficticios, del “nivel de vida” de sus ciudadanos es producto de su sabia y lograda actividad gubernativa, se refieren a proezas muy distintas.

Los demócratas al comando confían en la presión sorda de las condiciones económicas. La prudente legislación que elaboran y la fuerza estatal que la hace cumplir, cimentan los deberes hacia la propiedad de quienes la poseen y de quienes carecen de ella, reproduce así una oportuna separación de ricos y pobres, que garantiza a su vez la cooperación debida entre trabajo y capital. Los políticos asumen entonces que sus súbditos sumisos se comportarán como oportunistas consumados de lo que ellos desde el poder les imponen como necesario, y a los condicionantes objetivos del dinero, inflación y tasa de interés, los pueden citar varias veces por día sin temor a parecer embusteros. Bien seguros que *no tienen* que rendir cuentas ante nadie por el mundo definitivamente instalado del que cuidan sin cesar, reclaman su *competencia exclusiva* de estadistas para *manejar* todos los problemas, reales o por

ellos mismos inventados para “inspirar confianza”, menos uno, que escapa a su ámbito: la eliminación de las dificultades masivas para *sobrevivir* que le imponen a la mayoría de los ciudadanos. Por el contrario, esto último es la pretensión de los políticos soviéticos.

Mientras los demócratas para justificar cualquier cosa se remiten a los “condicionantes objetivos”, que presentan alternativamente como una colección de fatalidades o de comodidades, que su propio pueblo habría elegido en el escaparate histórico-mundial de modelos de sociedad, los partidos gobernantes en el bloque soviético han eliminado todos “los condicionantes objetivos del mercado”, tanto la competencia entre los capitales como la clase de propietarios privados, y han establecido una dirección estatal de las actividades económicas *para que* la humanidad trabajadora pueda disfrutar sin trabas los frutos de su trabajo. Ese “para que” lo han elevado, de ideal hipócrita justiciero en la sociedad de clases, a ley política fundamental, y si “el disfrute” deja mucho que desear, no se debe, como la razón burguesa gusta de atribuir, sin explicar sus causas, la explotación y la pobreza en la más próspera de las democracias, a la “contradicción entre los ideales y la realidad”, y menos aún se debe a la decisión de *planear* la economía. Justamente el incumplimiento de esa decisión es la razón por la cual el partido hace tan infeliz a su sociedad. Porque aunque el partido haya ocupado los puestos de comando de la economía, y a pesar de lo que dicen todas las ideologías de “más allá de los bloques”, ni el dinero ni el crédito, ni los precios ni las ganancias, ni los salarios ni los premios, son medios adecuados o “palancas” para armonizar *en favor* de la humanidad sus necesidades, sus medios de trabajo y sus esfuerzos.

La responsabilidad de los políticos soviéticos por la producción y la satisfacción de todas las necesidades sociales no es una hipocresía democrática, con la cual, en Occidente, se niega la *verdadera* responsabilidad del poder estatal por el acontecer de la economía del mercado. Lo acojonante del socialismo real reside en *los errores* que los políticos soviéticos comenten al asumirla, y que luego peor enmiendan.

En cada discurso de un político soviético está presente *la autocrítica*, que realizada de cara al pueblo y a los lectores tiene una naturaleza diferente a la que suele practicar un conductor democrático de masas. Esta última, como es sabido, está motivada por una derrota electoral, y culmina en lágrimas vertidas córam pópulo por haber sobrestimado la inteligencia de los votantes; aún si va más allá debe quedar claro, y por las dudas se lo subraya, que la humillación en público aspira a ser recompensada en las próximas elecciones con muchos votos.

Referidas a una mala organización de la cosecha de cereales, o a la deficiente distribución de materias primas a las empresas, al desaprovechamiento de los adelantos tecnológicos y de las innovaciones propuestas por trabajadores ejemplares, o a la tolerancia hacia el despilfarro y la corrupción (en este último caso quien es descubierto no tiene una segunda oportunidad para congraciarse con un *mea culpa*), las autocríticas de políticos soviéticos no encierran hipocresía alguna. Todas ellas dan fe del sincero error de que la estatización de la competencia ha establecido ya una economía razonablemente planificada, en la que sólo errores de administración, llamados “violaciones de las leyes económicas del socialismo” pueden causar dificultades. De manera que la autocrítica socialista acelera la rotación tanto de los funcionarios como de los programas de reforma.

Lo que el querido pueblo trabajador saca de ello lo veremos a continuación.

3. “Moral política”, como consuelo y como consigna

Que en la economía planificada se trabaja ordenada y efectivamente para cubrir las necesidades de todos, y que el esfuerzo del trabajo se expresa inevitablemente en la abundancia de bienes útiles al alcance de todos, es una cuenta promisoras que, en un socialismo que no echa de menos ni la competencia ni la economía monetaria como “instrumentos de control”, no sale jamás. ¿Y cómo va a salir?, sí, una vez más, se trata de las ganancias de las empresas y de los recursos financieros para el estado, en vez de buenos suministros; de poder de compra y salarios, en vez de unas necesidades y los

esfuerzos necesarios para satisfacerlas. Sin embargo, aunque la norma básica de que los esfuerzos valen la pena no se cumple en la planificación, rige como *artículo de fe*. El materialismo deviene así un *título moral*, que el hombre debe hacer suyo para ser útil. Un remedio que resulta ser peor que la enfermedad, y que con sus penetrantes llamamientos a la fuerza creativa de las masas trabajadoras, degrada hasta la mismísima verdad que todo lo que el pueblo soviético posee ha sido creado por él, a rito calculador en manos del poder socialista, para levantar la moral de unas gentes que mejor querrían disfrutar de una buena vez de todo lo que han creado. Sin embargo, los esforzados políticos soviéticos, tampoco en el terreno de la moral pueden alcanzar el nivel democrático-occidental medio de hipocresía, debido a que no disponen del caldo de cultivo de la moral occidental: el hecho incuestionable que, practíquese o no, lo mismo da. En efecto, en las patrias de los derechos humanos, a la propiedad, al libre ejercicio de la profesión, y a la libertad para competir y consumir, el mercado libre de trabajo de por sí genera y regula la producción de los sacrificados servicios indispensables a la riqueza y a su crecimiento, sin necesidad de una ética del renunciamiento y el sacrificio. La moral que “surge” a continuación, viene codificada en la forma predilecta de fanatismos justicieros, aplicables a todo sospechoso de pasarlo bien sin merecerlo. Su artículo número uno: todo el que sirve con probidad es un imbécil, no la deteriora como criterio de valoración, porque ella es un *consuelo*, es una apariencia pura y hermosa, que en *la* realidad no cuenta, pero, *en realidad* debería contar. En manos del poder esa moral es *el cinismo* oportuno para idealizar la fuerza de la autoridad como anhelo propio de los sometidos a ella. Se la profesa con toda la mala fe del mundo, a sabiendas que frente a las prácticas que lo contradigan el poder democrático acostumbra indefectiblemente a hacer uso de la fuerza.

El poder soviético, al anular las leyes coactivas de la competencia capitalista *también* echó por tierra con la psicología moralista afín del ciudadano. Ningún derecho de propiedad, ninguna amenaza a quedar en la calle, ningún miedo a acabar en la indigencia, imponen al “hombre nuevo” en la URSS la disciplina laboral y el hábito del renunciamiento, que la imaginación popular occidental convierte en la más auténtica de las virtudes personales, que legitima innumerables pretensiones *ideales*. La moral debe en la URSS reemplazar esas carencias, *para que* los trabajadores practiquen el altruismo y brinden rendimientos que una mala planificación no hace beneficiosos para ellos mismos. Y un poder estatal que se dice partidario del “materialismo proletario” anda metido en la empresa de realizar cuanto ideal burgués anda por ahí, e insiste en educar moralmente a sus ciudadanos para que, *sin* la “presión sorda de la miseria”, se comporten como hombres soviéticos utilizables. Así se libra en todos los campos y en medio de ovaciones a la moral una incesante “competencia (!) socialista” que, contradictoria ya de por sí, premia nada menos que el probado desinterés.

Para el especialista del ramo alma humana, domesticado en la democracia, la moralidad cargosa de los partidos que gobiernan los países socialistas es la peor de las tiranías, que impide hasta pensar lo que a uno se le ocurra. Aserto justísimo, según la lógica de los criterios democráticos, que miden en la masa de las frases, la dimensión de la coacción que éstas deben embellecer; pero inaplicable a la URSS. Donde sí el partido cansa tanto a su pueblo con llamamientos a la moral es porque para lo que quiere de él, su decisión errónea a colaborar, necesita de su libre voluntad. De manera que los grandes valores del socialismo carecen de misterios para el pueblo, que sabe reírse de ellos.

Mayor respeto merecen los altos valores democráticos de Occidente. Como necesidades oportunistas, no como bromas, circulan abundantemente en todas las clases sociales, metamorfosis productiva porque no importa que se los tome en serio, ya que al fin y al cabo su función es honrar a los condicionantes obligados de nuestra hermosa vida social, y no fundamentar al poder que los pone en vigor.

Resultado: el pueblo soviético no vive bajo una dictadura, y lo que menos necesita es una democracia.